

31

(B)

NUEVO

DESCUBRIMIENTO DE CANARIAS

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

NUEVO
DESCUBRIMIENTO
DE CANARIAS

(LAS LEYENDAS Y LOS PELIGROS QUE TIENEN ESTAS ISLAS)



MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y COMP.^ª, EDITORES
Princesa, 77.
1910.

OBRAS
DE
FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

PÍO BAROJA (AGOTADA)
POR TIERRA FRAGOSA... (AGOTADA)
LAS SIESTAS DEL CAÑAVERAL
HISTORIA ROMÁNTICA (*Cuento Semanal*)
LA COMEDIETA DE LAS VENGANZAS

À DON RAFAEL COMENGE, EX
PRESIDENTE DEL CASINO ES-
PAÑOL DE MANILA, COMAN-
DANTE DE LA GUERRILLA DE
ESTE CASINO EN LA SUBLE-
VACIÓN DE LOS TAGALOS, EX
GOBERNADOR CIVIL DE CA-
NARIAS; CON TODO RESPETO,

EL AUTOR

«SI BUSCAS LA VERDAD, YO TE CONVIDO Á QUE LEAS. OFREZCO Á LOS VENIDEROS UN EJEMPLO, Á LOS PRESENTES UN DESENGAÑO, UN CONSUELO Á LOS PASADOS. ALGUNOS CONDENARÁN MI HISTORIA DE TRISTE. PERO ESA ES CONDICIÓN DE LAS LLAGAS, NO DEJARSE MANEJAR SIN DOLOR, NI SANGRE MUCHOS TE PARECERÁN SECRETOS; NO LO HAN SIDO Á MI INTELIGENCIA; NINGUNO JUZGA TEMERARIAMENTE, SINO AQUEL QUE AFIRMA LO QUE NO SABE. NO ES SECRETO LO QUE ESTÁ ENTRE POCOS; DE ESTOS ESCRIBO.....

MELO — GUERRA DE CATALUÑA.

LA

LEYENDA DE CANARIAS

UNA PÁGINA

INEDITA DEL BAEDEKER

¿Quién no ha contemplado en los escaparates de la calle del Arenal, aquí en Madrid, ó en el *couché* de una revista ilustrada, en las policromías de un cartel, en los billetes Cook... la cubierta y las cámaras de un trasatlántico? No se diría sino que flota un trozo desgajado de Monte-Carlo. Los salones de estufa, con amplios y enanos divanes, el piano que se ofrece en la desnudez de su teclado, plantas en chinescos tiboires, la opaca moqueta, espejos galantes y ceremoniosos como duques, la mesa revuelta de periódicos, y en torno una tertulia de novela de Bourget ó de Prevost, madamas de opulento perfil, *gentlemen*...

Creeríamos que navegar constituye una fiesta, mitad verbena en un yate, mitad carnaval

de salón, con sus ribetes novelescos. Y fijamos el lento proceso de embarcarse en un instante encumbrado de delicia y placer, y en este instante, divino en la noche, fúlgido de luna, un poco encandilados con la influencia de unos exóticos licores que se beben á bordo, sintiendo resollar el mar, platicamos de un fuego que arde sin consumirnos, con una amiga extraña y muy hermosa que conocimos en el vapor. A lo lejos se descubre una cándida y apaisada ciudad, misteriosa y atrayente...

¡Las islas Canarias, las Afortunadas! Tierra en que los antiguos suponían no el Paraíso terrenal, sino la Gloria donde moraban los justos y elegidos. El clima sosegado como un río. Flores, pájaros, arboledas. Una divertida y amena mezcla de costumbres británicas, tropicales y andaluzas. El cielo siempre azul. Los días, largos, radiosos, embriagados, sensuales, cegadores. Nocturnos de ruiseñor, de nardos y guitarras amantes...

Aunque arribarais en lo crudo del invierno, detonarían á vuestra vista, en los muelles, los jipis y los *canotiers* rubios y agrios como limones. ¡Sombreros de paja y el mes de Febrero! Sombrero de paja, entonces, equivale á algo

tan estrafalariamente sugestivo y pródigo en menudas delicias como el sarao aquél de trajes que en la rigurosidad del estío parisiense celebraba el ingeniero de *Sapho*, la novela de Daudet. ¿Recordáis? El caserón cerrado, echadas las persianas, nada más que el asfalto con su neblina, por fuera; y adentro, biombos de laca, mesas con bujías de pantalla verde y con búcaros, músicas, evónibus, laureles, epigramas, madrigales, sonrisas, carcajadas y canciones. El archipiélago entero es el palacete que se niega á las asperezas de la calle. El ambiente suyo halaga como un baño tibio.

Y el señuelo de un pintoresco localismo. Es admirable la compostura de sus doncellas, como de sus matronas, que sobre el exótico cucurucho de un traje imperio ó la graciosa gravedad de una levita femenina, ostentan una, digamos, *folk-lorica* y simple mantilla blanca, idéntica á la mantellina de velludo que usan las charras, menos el color. Los figurines franceses rematan en un tocado de virgen de ermita castellana y serraniega, el manto envolviendo desde el moño á los pies: no más que la piel morena, la boca granate y los ojos que cautivaran á un poeta moro, alejan de los

oratorios y conventicos ascéticos; la Magdalena escondía su pelo, blondo y vivo en ondas, en ese chal: el rebozo nevado, enmarcando un cuerpo de ámbar que se derrite al fuego de las pasiones y aroma en su aniquilamiento, evoca el Oriente de los cipreses, los limoneros y los quioscos de mirtos, los baños con rosas deshojadas, la luna, perla que luce en la frente del universo, y las fantasías tristes y desvanecidas de las bayaderas, sobre blondas alcatifas ó hirsutas y rayadas *cortezas* de tigre, entre la desmelenada humareda de encanto de los braserillos, mientras las dos cuerdas del guimbre rebotan en la vitela, en armonía con unas esquilas de cristal que golpea un cetro de plata, y con un pífano melancólico como un atardecer... El bueno de *Peer Gynt*, ¡cómo se deleita en la danza de Anitra!

Y la promesa del valle de la Orotava, una de las maravillas del paisaje. Al fondo el pico del Teide, con su caperuza nevada, que agujerea el azul. El Océano allá, hundido y dilatándose, espumoso en olas enormes que fingen legiones de blancos mitológicos delfines. El hondón, convertido en un *parterre* abríleño al mismo tiempo que en un jardín botánico;

y en el Agosto ofrece allí Europa sus rítmicas y apacibles galanuras floreales al Nuevo Continente, y América anuncia su exuberancia y lujuriosa frondosidad. En torno al ruiseñor que canta en un rosal de Francia, los irisados y purpurinos pájaros-moscas brillan como libélulas estivales. Un loro y una mona descansan como un trofeo en un tilo germano. En un espacio el valle ampararía con un dosel de cocoteros y árboles de la canela el idilio de Pablo y Virginia; en sus perfumadas rosedas hallarían delicado eco los lamentos del Tasso, y entre los troncos de un bosque sombrío, la espectral silueta de Werther andando y desandando tamizaría su agudo dolor... En grandiosa armonía suma el valle de la Orotava la creación universal... Cuando Humboldt lo contemplaba desde una cumbre, se arrodilló y adoró el mundo religiosamente...

Y la apoteosis de muchos grandes hoteles, inexpugnables fortalezas sin el salvoconducto de una libra esterlina, albos yates reales en la profusión de embetunadas y apestosas embarcaciones, que levantan su arquitectura, por lo general un *pastiche* de celebradas é ilustres residencias inglesas, á distancia de poblado,

en el declive de silbosos montes, los cuales recorren unas vedadas carreteras, remembranza de los puentes levadizos. Grandes hoteles con el recato del *hall*, pecera de los flirteadores; el arrebolado estuco de los baños, la serenidad de cisterna de una biblioteca, la encerada sala de festividades y el comedor de los candelabros y los conos de rosas bajo la guardia muda de unas libreas engoladas y altivas. Ninguno descuidó el aderezo de una italianesca terraza, que orlan adelfas y laureles, con unas arcadas de que penden los airones de las campánulas y los jazmines; y en el horizonte, el mar...

¡Las islas Canarias, las Afortunadas! Vivo quiero una vida de templanza, sin metafísicas, ofrenda á los sentidos, desmayada y gustosa, soñadoramente sensual...

CANARIAS

JARDÍN DEL AMOR

Era en Madrid, era en verano y en una fonda. Cierta noche me asomé al balcón, y en el vecino, apelonado en un bulto negro con un ribete de luz que le prestaban los faroles de la calle, vislumbré al hombrazo que había almorzado y comido en mi misma mesa. Se llamaba don José Pedro y venía á doctorarse en Medicina; en examinándose regresaría para siempre á su tierra, las islas Canarias, y entre los suyos, en un pueblo que se denomina Telde, y que está rodeado de plátanos, naranjos y olivos...

También don José Pedro me vió y me reconoció de balcón á balcón, porque corriéndose á la esquina del suyo, me dijo con esa pintoresca cortesía de los hoteles:

—Buenas noches, don Federico, ¿cómo le va?

Y lo dijo en una media voz dulce y que arrullaba, que parecía un eco de guajira: el acento aquél tan acaramelado y lánguido fué como un chorro de luz que arrojaran sobre la informe corpulencia de mi amigo, y que devolvía el relieve á los más minuciosos y escondidos detalles de su figura: fatalmente la voz aquella no podía salir sino de unos labios abultados y de criollo, bajo una mirada dormida con voluptuosidad y que sombrearan los rizos de una cabellera con remolinos de pequeños bucles. Así era, en efecto, el señor don José: membrudo, largo de brazos, la color gitanesca, y al remate la cabeza que dibujo y que en su excesiva dulcedumbre y con los anillos de pelo obscuro, parecía una testa de santo en talla, como las que se guardan en los museos provinciales; igual piel, de una tonalidad arcillosa; idénticas pupilas grandes, bellas y mansas...

—Y á usted, ¿cómo le va, don Pepe?

Esclataba, reventaba como una breva llena de madurez y de mieles, una noche de Julio, que olía á jazmines. Por encima de la turbulencia de las calles, ya en la alta hora casi sin tránsito, mas con el agrio estruendo de los cafés y unos vendedores, y un coche que

cruza raudo, y una ronda de noctámbulos y alguien que reclama al vigilante, nuestros balcones se refugiaban en la sombra, en el punto que se insinuaba la morena sensualidad del veraniego nocturno. Y arriba estaba el cielo estrellado, polvoriento de luz, estremecido, cálido, deseoso...

Yo me acordaba de los granados de Sevilla, de los naranjos de Valencia, de las fuentes de la Alhambra y de las escalinatas de mármol y los bojes florentinos. Acompañado de un grillo que cantaba en una maceta cualquiera de por allí, yo evocaba uno de esos cenadores con campánulas, madre selvas y pasionarias que hay en los jardines del Sur, y dentro un banco de mimbres, y unos faroles japoneses, y una mujer bronceada que tornasola el bermejo papel de la lumbre, vestida de blanco, con los pies pequeños y los ojos que turban... A pesar de los regatuelos, á pesar de los sapos flautistas, á pesar del surtidor en el alabastro, á pesar de aquel vago rumor de una guitarra, había tanto silencio y arrobó en el aire, que cuando una estrella loca se disparó como un cohete, se oía como si un diamante rayara un cielo de cristal...

—¿ En qué piensa usted, don Federico ?

—¿ Y usted ?

—En mi país...

—Debe de ser muy bonito su país. ¿ Qué haría usted esta noche en su país ?

—Enamorar...

Luego he sabido que en Canarias se dice enamorar á la peladura de pava. El señor don José se sentía, como yo, ebrio de la noche, de los recuerdos, de un vaho de nostalgias. Rompió á hablar con su música, contaba, revelaba ; ¡ me dió unos calofríos !...

¡ Oh, el Sur de verdad, los nocturnos africanos en que el rocío cae en gruesas gotas que estallan como las uvas que se echan los chicos unos á otros ! Las camelias cuelgan como las joyas de unos enormes tinglados de ramas, los cactus erizan en el vacío sus invertebrados y espinosos tentáculos, una palma dobla sus lanzas al peso de la luna redonda que parece que pende al extremo de la más baja ; la ardentía de la tierra puebla el campo de ignotos y pintorescos insectos que chirrían y brincan, y corren coronándolo todo y con un rumor de riachuelo los pámpanos, que se persiguen, de un parral ! Inmensas, muy dilatadas haciendas

de plátanos, con su piña como una arracada de oro, con el borlón amoratado de su flor, símbolo del sensualismo, llenan la extensión de las islas. El señor don José Pedro montaba en su caballo *Brillante*, y caminaba una legua, solo, mudo, embebiéndose de perfumes, arrullos, astros, poético misterio, la soledad sonora en la cual se respira una absoluta y profunda germinación. Tal vez sonaba el plañido de una *folía*, acaso una *vidalita* bonaerense denunciaba en la negror del platanal otro viandante que acariciaba con canciones su desvelo... El platanal cerraba el horizonte con una misma graciosa curva de seno, repetida hasta la infinitud... En esto resplandecían y guiñaban las luces de un caserío. En un jardín gorjeaba un pájaro. Los arriates chispeaban de luciérnagas. Acudía sumiso un perro, meneando la cola... Pie á tierra. Quedaba *Brillante* sujeto por la brida á un árbol, braceando de cuando en cuando con una patada sonora y hueca. Y aquella emoción del camino, que fecundaba, volcábase en barboteo que se atropellaba como las manzanas que se trasiegan de panera á panera... Y un aliento que habla :

—¿Eres tú, Pepe?

—¡ Pues quién va á ser !

Y tras el hálito, la novia, una hembra tropical, con su bata de grandes lazadas, con sus arremangados brazos con argollas de oro, con sus abultados pechos, pálida, los dientes blancos y la mirada de terciopelo, con sus zapatitos de charol. ¡ Mujer de ámbar, Venus de bronce, que lleva en los cabellos una cinta listada de verde y amarillo, diadema de las reinas incas ; mujer cuyo corazón aroma como los pebeteros de Cleopatra ; ojos negros y diáfanos como un vino de mil vendimias, grosezuela boca de granada, pies como madroños, con sus enflocadas y agudas botinas de charol !...

—¿ Conque eres tú ?

—¡ Pues quién !...

El señor don José Pedro contaba, revelaba, ¡ me dió unos escalofríos ! Se me apoderó una añoranza desoladora de aquello que aún no conocía. Me enardecía las sienes una tumultuosa visión que me mantuvo en éxtasis un buen trecho. Soñé con atravesar los platanales jinete en un potro de anca de hoz, y golpear una ventana, y derretirme en una apasionada solicitud hacia una de aquellas perezosas

y sabrosas mujeres que al platicar producirían un cosquilleo en mi piel, y me imaginaba á mi novia tendida en una hamaca, levemente arrebozada en un fastuoso y lumínico chal de gasa espolvoreado de blancas lentejuelas... Nunca el pino del Norte de la rima heiniana se entenebreció y enfoscó más que yo esa noche, anhelando un radioso amor de una palmera ardiente... ¡El sueño de una noche de verano!

*
*
*

Acabaré, como todo, con un epitafio. El señor don José Pedro no se doctoró, ni volvió nunca más á cruzar las espesuras isleñas, en el sosiego substancioso y enervante de los nocturnos de su país. ¿Os acordáis de la peste de tifus que asoló Madrid habrá un año y medio? Don José Pedro se ofreció de voluntario practicante en el Hospital, y por contagio murió. Las revistas ilustradas publicaron su retrato, y los diarios escribieron encomiásticamente sobre él... Durante mi viaje al archipiélago, en dos ocasiones, vi á un hermano suyo, muy enlutado, muy triste... Descanse por siempre el señor don José Pedro, paz á los muertos.

JAUJA

Es el Salón de Conferencias del Congreso, el casino más barato. Brinda al fatigado paseante en calle un mullido diván de un perezoso color de cereza ; para recreo y solaz de la vista ornaron sus muros con retratos evocadores, y hay en el altísimo techo una claraboya de gruesos cristales que decolora la lumbre del sol, y baña el ancho aposento en una serena y casi mortecina claror de tarde de otoño en que llueve. Por demasiado sabido debíase callar que la obscuridad que se insinúa, convida á la plática, hundiéndose en el terciopelo rojo, dando chupadas á un cigarro: ¡ con qué voluptuosidad se ve flotar y espesarse el humo, y cómo se borran las figuras y los diversos grupos y tertulias, hasta quedar todos envueltos en nubes, como los dioses ! Y si al fin se enciende una lámpara, entra en el ánimo una inefable sensación, grata mezcla de abandono y seguro

concepto de la vida, lirismo y aburguesamiento que van del brazo tan pacífica y efusivamente... ¡Oh, la dulce ponzoña del *comfort*!

Cuando hay vacaciones, ó por cualquier causa, clausura en el Congreso, suelen asistir al Salón los ex gobernadores, los ex diputados, los aficionados á la política sin más trascendencia que su gusto, periodistas... En fin, el *tifus* que como su igual de los teatros, no paga y pega.

Ellos conocen las trampas y los escondites de los escenarios nacionales, y antes que principie la comedia, lo mismo que el propio representante de la empresa se asoman á escudriñar la sala por el agujero misterioso y terrible de la cortina. Ellos parlan un caló picaresco, y os revelan la cifra de los jeroglíficos que se ocurren, y tienen un punto de vista ganancioso y firme de las gentes y los panoramas. Si les advertís que observen á lo alto, que esplende la bóveda celeste con nácar y oro, responden mirando al río, pues refleja la sublime decoración y de paso lleva peces en sus aguas sosegadas y claras. Siempre vienen por atún y á ver al duque: y en resumen, ¿qué son más que guardias de almadrabas, cuando no los pobres y cautivos atunes?

Recuerdo que al anunciar á un corro de habituales del Salón de Conferencias mi partida hacia el archipiélago canario, desplegaron sobre la mesa una mágica baraja de granjerías.

Las Canarias, ¡ah! Las libras esterlinas rebotando con su tintineo alegre y lleno de virtudes de hada. El romanticismo, la moda, la literatura y la tisis, arrastrando ingleses á las islas. Desparramadas diez ó veinte ruletas que originan un ambiente de placer, fastuosidades y grandezas. Una perenne y elegante existencia de estación invernal, propicia á la aventura venturosa. El indiano que vuelve con su jipi, su negro Domingo, su loro, y un cheque contra Europa: el infeliz muy nostálgico, muy sentimental... Y á lo mejor una famosa é ilustre caravana de cómicos que interrumpe por algún tiempo su viaje á las Américas, y el archipiélago entonces resplandece como una resurrección de la corte del rey Sol...

La India remota y legendaria envía unos hombres de ojos mitad de rana, mitad de tigre, de color de maleta y con aspecto palúdico, febril, que por encima de la muchedumbre de mercaderes reinan con un cetro de bambú. Los indios cuelgan sus palacios encantados con ta-

pices que rayan las luces del iris, con encajes de un vano relieve de espuma, y con pañuelos de Manila de un fleco fluvial. En un navío fastuoso, impregnados de un acre perfume, transporta el indio sables, lienzos, lacas, pieles de fiera, tibores, tazas de bronce, collares de perlas falsas, labrados puños de sombrilla, e ajedrez de teñido marfil, la arqueta de ébano, cartuchos de resinas, la lámpara rútila como la diadema de un emperador, la arcaica coraza de un antiguo guerrero japonés... Exportan y divulgan el Asia de las pagodas de caolín y los elefantes...

En Canarias, los paños y lienzos sajones casi no se venden, se regalan; un traje exquisito cinco duros: ¡los puertos francos! Tampoco cuestan apenas los bálsamos y óleos franceses y sus imitaciones alemanas. ¿Y el tabaco? Que me despidiera del fundamental y patriótico cajetín de cuarenta y cinco céntimos. Llegarían á hastiarme los nombres de Gener y Henri Clay. Mi desespañolización comenzaría por ahí; porque iba á desiberizarme, y á sumergirme de cuerpo y alma en la civilización—que, según un donoso ingenio, esto constituye lo exótico para nosotros; y ya podía preparar y en-

comendar mi alma al diablo, si no abrigaba intenciones de correrla y gozarla, al par que de lucrarme. Si regresaba á la península con menos de diez baúles, y sin un gato preñado como las gatas, era que no servía para la lucha, y me aconsejaban la renunciación cristiana, y los tres votos y el convento, ya que más fácil y sonriente ocasión de medro, no tornaría en un siglo...

—Y vosotros ¿qué hacéis que no estáis por allá forrándoos?...

Sin embargo de mi desconfianza, confesaré que seducía el halagüeño y pródigo relato. Y medio sepulto en los muelles del diván, lanzando al aire bocanadas de humo, dejando de escuchar lindezas y cosas extraordinarias, me puse á inventarlas yo, y descubrí un paraíso. Tuve lástima de un hidalgo linajudo que ahora asomaba en el dintel, y que mostró cierta afectación de su levita inglesa... ¡Inglesa! Precisamente... Ya se enterarían, ya... Me imaginé en un soberbio parque, tumbado en una hamaca, saboreando un «Aguila» digna de un lord, sintiendo cómo á mi lado se divertían unos deliciosos y aporcelanados chicuelos que paseaban en la giba de unos camellos, cuadrúpedo que abun-

da en las Afortunadas; y la fragancia de las frondosidades me adormecía, y entre las ramas chispeaban las arañas de un Círculo aristocrático y pintoresco, de inevitable y promiscuo cosmopolitismo, y llegaba una música de los retores torcidos y mefistofélicos zíngaros... El oro rodaba.

Alguien me despertó, no sé si un hermano primo del consejero que retrata Eça de Queiroz en *Os Maias*, un ministro de Instrucción pública que no cesa de repetir: «En Inglaterra comercio, sólo comercio: poetas, sabios, pensadores... ni uno; comercio de algodón arriba y abajo.» El prócer que digo me preguntó, y me hizo caer de nuevo en mis recelos y desconfianzas:

—Canarias, diga, ¿está al lado de Cuba, verdad, por detrás de Cuba, acaso?

¡Cuidado que ignorar dónde se asienta el peregrino reino de Jauja!

SOBRE CUBIERTA

Embarqué en Cádiz; mediaba el día; mar blanda, bruñida por el sol; azur; juegos *olímpicos* de las gaviotas. El bote, con una mustia y abadejada vela aleteando, y á impulsos del remo chorreante, surcó la dársena; se arrojó cual un tenor á la romanza, en alta mar. Se hallaba el vapor fuera del puerto; su mole negra, con espejeos del agua, parecía un ballenón dormido. De que arribara el bote, asomáronse á cubierta los curiosos. Gané yo la rígida escalera con una afectada naturalidad; salté á las tablas un poco conmovido. Me miraron; nos miramos. Y no hubo nada...

Sacudido el atolondramiento que me inspirara mi natural timidez, recorrí con la vista la cubierta, levemente combada, clara y limpia. Luego me encaramé al *fumoir*. Es una garita con cuatro mesas de agrietado mármol rojo. Unas

ventanas de tranvía. Un corrido diván de velludo. Un anuncio impreso rogando que no se enciendan cerillas. Historiadas molduras enmarcando los respiraderos, y una mecha para los cigarros. Parte del pasaje entreteníase jugando al dominó en los veladores de mármol y otra parte relataba costumbres de los negros. Iba el buque á Fernando Póo: saliera de Barcelona, tocaba en Valencia, en Cádiz, en las Palmas: luego continuaba navegando aguas allá, y al cabo de quince días, las anclas sepultaríanse en la arena; como un telón de fondo abríase una playa con bambúes, gigantescos helechos, palmeras y tupidas frondas de una congestionada floración. Una playa que esmaltaban las cacatúas y estremeaban con sus zapatetas y sus brincos los monos, arrojándose frutas; que obscurecían los mosquitos en rondas como nubes. La colonia europea, con traje de hilo, salakhof y polainas, presenciaba el desembarque diplomáticamente. Negros de testa de mastín, sus mujeres de pechos caídos y largos como plátanos y con pezones de biberón, su progenie de carne de mayólica y cabellera de astracán, ululaban en falsete á la llegada del vapor, el cual arrojaba

unos espumosos chorros de agua y desvanecía su penacho de humo. Comunicábanse los negros un grito:

—Hu, hu, hu...

Era que recordaban lo que los viejos referían del tiempo de los esclavos; entonces, en divinando un barco, los negros avisábanse, lanzando de uno en otro su atiplado hu, hu, y la alarma se filtraba en las fragosidades más escondidas. ¡Va á comenzar la caza! ¡Hu, hu! La negrada precipitábase á disputar á los orangutanes las alturas inaccesibles, el regazo de los troncos huecos, cualquier refugio disimulado... Rodaron los años; peroraba pródigamente Castelar, y á despecho de la manumisión, seguía el hu, hu, de lo que se ha llamado el ébano vivo; es un terror tradicional como el de los niños holandeses por el Duque de Alba...

En tal punto el narrador suspendió su discurso para preguntarme:

—Usted ¿viene también con nosotros?

—No, me quedo en Canarias.

—¡Ah!

En seguida el infatigable charlatán improvisó una loa al archipiélago, enumerando y engalanando lo que ya sabía yo del clima, los

inglesés, la Orotava, el tabaco, el cosmopolitismo, los placeres y el amor...

—Y á propósito, hombre—dijo bruscamen-
te—; ¿es usted casado?

—No, señor.

—Pues, amigo mío, en Canarias *la hinca*...

¡Esto más! Según aquel íntimo y desco-
nocido á un tiempo, ninguno de los mozos
peninsulares que residía dos meses en las islas
escapaba del matrimonio; y norabuena, porque
se urdían y lograban bodas espléndidas, que
no parecía sino que les reservaban las mayores
fortunas del país. El demonio del compadrito
entornando los párpados y golpeándome cari-
ñosamente en la espalda, me auguró la victoria
sobre una novia al par de hermosa, rica.

—No se burle usted. Se casan todos, todos
y con especialidad los militares...

¿Pero qué maravilla ó terreno milagro di-
puso Jehová en medio de los mares? Por si
bastara á las islas ser risueñas, fértiles, pintor-
rescas, confortables, dulces y paradisíacas, he-
ahí la rareza y privilegio de aquellas mujeres
como princesas de un cuento de color rosa
que nos brindaban con su lindura, su ardo-
roso corazón y un dineral. ¿Cómo no zarpa-

ban á diario los vapores correos de Canarias? Y el *San Francisco*, ¿qué se retardaba, qué le impedía partir?... ¿Querían, tal vez, que yo, un galán predestinado á tantas dichas, muriese de una terrible y excesiva inquietud? Entonces comprendí el alarido de Ricardo III: «¡Un caballo, un caballo y doy la mitad de mi reino!» ¡No poder volar!... Silbó un pito en el puente. Respondió el tintineo de una campana. Salimos á cubierta. El capitán abrazó y besó á un apuesto doncel:

—¡Hasta luego!

El trepidar sordo de un bordoneo en las máquinas. Las barcas auxiliares se despiden. Marchamos. Las boyas. Nos cruzamos con el *Numancia*, que se dirige al arsenal, y que saludamos izando la bandera. Un barco italiano, y de nuevo se enhiesta el pendón. Nuestro buque inicia el cabeceo temido y esperado. De pronto un cañonazo: ¡adiós á la plaza! Flo-tan en el ambiente el humo y las virutas negras. Alegría del sol. Un bravo vetezuelo. Cádiz, silencioso, restaba allá, con sus azoteas, unas cúpulas, el puerto erizado de mástiles. Revuelan las gaviotas. La estela principia á espumarajear...

En un lírico raptó de emancipación, ante la radiosa magnificencia del porvenir, y a abandonar las tristezas y ruindades, ¡pobre patria! declamé y canté los aquilinos versos

*«Arma la nave grande;
e salpa verso l'emula di Roma,
lasciando dietro a te gli stagni amari...»*

EN
LAS ISLAS CANARIAS

AL LLEGAR

... Llevaba un trecho el buque de estremecerse y jadear. Estaba amaneciendo el día cuarto, postrero de la navegación. La noche había sido mala: un vendaval se revolcó entre las olas y el buque bailaba como un delfín, bajo una luna cadavérica. Liado en una manta, tendido en el camarote, oí cómo pasaban el rosario los tripulantes. Fué un momento angustioso...

Pero ya brillaba el sol, nuevo y blando en su rosa y en su ámbar. Como los abuelos cuando despiertan, el barco seguía con unos asmáticos estertores: parecía que se fatigaba, que no podría continuar andando. Y, como lo digo, se paró y vino un gran silencio. Medio desconcertado salté de la litera, y al punto giró la puerta, y el camarero, con su americana blanca y su servilleta al hombro, me advirtió

que acabábamos de entrar en las islas Canarias.

En tropel acudieron á mi memoria las innumerables alabanzas y galanuras que se cuentan del archipiélago afortunado: lo de las flores y las arboledas... La primera ojeada, desde el buque, confesaré en verdad que no aumentó su peregrina fama y nombradía. Vi destartados y polvorientos los muelles, sin alamedas ni edificios; al fondo unas colinas ásperas, calvas, de sombría tonalidad. ¿Y las palmeras y los limoneros? Otra más: se nubló instantánea, repentinamente.

Una lancha transportó los viajeros á tierra. Nos asaltó una multitud de rapaces, zagalones, intérpretes, voceros de hotel... Unos cuantos gigantes de aplastadas narices, mustios bigotes y criolla cabellera riza, ofrecían carruaje. Vestían los aurigas con andrajos, se tocaban con unos amplios y trasudados chambergos de Méjico, empuñaban una vara grasienta y languidecían al hablar con una flojedad insulsa. Los cochecillos semejaban á los tílburis, y arrastrábanlos sendos caballejos peludos y chicos como cabras. La parada de los coches, el montón de los equipajes, la gavilla de pilletes, que se encrespaba y empinaba el hocico como un

nido de aguiluchos hambrientos; las comisiones de intérpretes y propagandistas, y, en fin, nosotros, los viajeros, animábamos un espacio del puerto. Más allá de las escaleras no turbaba nada el abandono de la extensa planicie. Señalaba aquel día el almanaque con tinta encarnada, y el sosiego dominical adormecía el ambiente, ahora melancólico y propicio á que desde una de las ancladas embarcaciones principiase á sonar una gaita escocesa plañiendo nostalgias. Las tierras de sol nos recibían en un crepúsculo gris, sin paleta, forastero y norteño artificio de difuminos y lápices...

Fracasaban las bellas mentiras: se nos reveló la mujer en unas monstruosas y torpes, con su cuadrada testa varonil, su talle de cabalgadura, los pies descalzos, en un brazo una canastilla, y en los belfudos labios, sin voluptuosidad, sin depravación, sin gentileza y sin orientalismo, un humeante cigarro de papel...

Nosotros soñábamos en una Danae de verdosas palideces ambarinas; pero la misma reseca y tostada madre Pipota nos miraba sin comprendernos, como una bestia, y lanzaba, con gesto de capataz, adelantando y engrosando la boca un chorrizo de humo.

Por huir de la hosquedad de los muelles alquilé uno de los carromatos y el rocinillo se soltó á andar con avidez no sospechada: braceaba elásticamente sobre un barrizal, y brincaba el tílburí, cuando no corría como disparado y con un ruido de máquina de coser, nunca alterado del látigo ni los alalíes de un cochero galán. La carretera, blanda de cieno, sin bancos, majanos ni frondosidades, desarróllase junto al mar, y á intervalos, entre caseríos escuetos y solitarios, y si no con una cerca de chumberas. A lo mejor surgían del fango, como los sapos, unos mugrientos rapaces, que se emparejaban con nuestra marcha, y seguían, seguían, entonando unos á modo de villancicos y tendiendo pedigüenos los gorros... No se borraba ni olvidaba la desolación de los muelles. Discurrían por las cunetas las mujeres de la colilla en los belfos y los pies descalzos. Duró la carrera bastante tiempo. Por remate nos acogió una vía que, alineadas en un urbanismo tirado á cordel, forman numerosas viviendas de un solo piso, azules, ocrosas, rosáceas; no fortalece los muros el herraje de una reja, se rasgan en unas celosías verdes y de persiana, con unos cuarterones que se cierran como las

tapas de un libro grueso. Corona la fábrica la azotea andaluza. La algazara de los varios tálburis en que nos conducían á los pasajeros de aquel buque, hacía se asomasen curiosas cabezas á los cuarterones: nos miraban con frialdad, escudriñaban, y devolvíanse impasibles y altivas, con lentitud, al interior...

¡ Oh, las Afortunadas, qué pobres sois ahora !

CANCIÓN

¿Sabéis qué paradoja de libertad guarda una isla? ¿No imagináis la amargura de vivir siempre en un compás y de idéntica manera en la hora que da una campanada como en la que desgrana su collar de doce, mientras que pasa por nuestro lado, en una tangente, la humanidad de agrupaciones y aspectos tan contrarios como barcos la conducen entregada á su alegría ó á su dolor? El solitario de un pueblo escondido arenal adentro, ¿qué se topará que le despierte nostalgias ó el ansia de correr, de volar? ¿Basta la carreta de la Muerte con sus cómicos, el famélico buhonero, los errabundos civiles, incluso un automóvil que cruzó habrá un año; bastan á alborotar los cascos de un hidalgo de los de sillón de cuero, olla de garbanzos y pernil al medio día, rocín flaco, galgo corredor, escopeta de con-

trabando, armario con libros y reja con novia de cara de imagen ermitaña y serraniega, y después un casino con billares, y al final una redonda luna de miel, á cuyo claror recorrer las angostas vías de tapias, devanando sus quimeras de desterrado? A los puertos marinos arriban buques que esperáis como una cita: ¿qué traerán del mundo? Cuando se marchan, estos buques, que ni se reflejaron en las aguas gruesas que no espejean, nada abandonan á vuestra amorosa codicia. Un nocturno de grandes y tembladoras estrellas lechosas, de aire borracho, fascinaron con las luminarias que como guirnaldas de naranjas brillan en medio de la negrura; y la movible planicie quiebra una luz en pétalos de rosa, teje con otra una escala para un Romeo más sutil, llénase de regueros deslumbrantes; un barco sajón iluminado evoca la sala de lectura ó de música, con plantas y divanes, cigarrillos de opio y vino de Jerez, con ladíes escotadas y *gentlemen* de *smoking*, en tanto vosotros vagabundeáis sorteando charcas y demás descuidos municipales; una nave italiana con sus faroles es un festival de los sentidos: allí las mujeres del Tiziano arrebozan su ámbar en un chal indio, ríen y

fuman voluptuosamente, y tendidas en meridianas escuchan á la guitarra tan triste florecer en risueñas y ansiosas serenatas de violín... Si al amanecer buscáis el castillo flotante que sorprendisteis animado como una casa de duendes, no encontraréis ni el vestigio de un estremecimiento en la inmensidad siempre estremecida. Huyó el buque, y como para aprisionaros más en una desesperada locura, allá en el horizonte se agranda y modela y perfila una menuda nube rastrera, y divisáis otro vapor prócer y potentado, que igualmente que los idos, á la noche os arrebatará el alma y la impulsara á precipitarse tras de cien delirios, como un fuego fatuo...

ASI POR EL DESIERTO

Bajo el nublado algodonoso y fijo, dos camellos y su guardián caminaban por la pedregosa llanura, resbalando á trechos en una arena vítrea y negruzca que llevó el simún. Era en el archipiélago. La costa de Africa se adivina, vislúmbrase desde la orilla del mar, cuando esclarece el ambiente. El poderoso ventazo del Sahara apaga el postrero de sus vuelos en el Sur de las islas, y si no, cruza rozándolas y cae ruidosamente en el mar. Por doquiera resaltan las huellas de su paso...

Aquella tarde de cielo encapotado y triste, no se veían en la vasta extensión más que el guardián y los camellos. Había un silencio extraño, absoluto. Ni una verdegueante fronda, ni un caserío con su penacho del buen humo, ni otra caravana. Las nubes se deshacían en el horizonte, á la redonda. Sentíase en el aire

una pegajosa tibieza. No se hallaría un regato, un corrompido charcal, una cisterna, una noria vertiendo y quebrando sus espejos de agua. Por detrás de la bruma debía de existir un pueblo, y allí gentío y vida... ; pero ¿hacia dónde?

Los dos camellos seguían la marcha sobre sus zancos llenos de peladuras, y flotaban sus retorcidos cuellos como una serpiente que se columpia en las ramas de un árbol. A su lado iba el camellero, fumando, mudo y abstraído. Y á lo mejor uno de los camellos, entre cazurro y rebelde, deteníase y miraba al guardián con sus pupilas, amarillentas y lustrosas igual que granos de uva sucios, á las que daba un chispazo de humana altivez. Entonces el amo, quitándose de la boca la pipa, lanzaba un turbión de humo, y el camello parecía que lo aspiraba con sensualidad placentera. Luego aún canturreaba un desmayado grito para animar sus bestias, y continuaba el grupo cruzando el arenal, en silencio, bajo las nubes quietas y blanduzcas...

¡ Las caravanas ! ¿ Quién no imagina un palmeral, con guirnaldas de floridas enredaderas, y en lo más grato y umbroso del bosquecillo un pozo de fragante y reidora linfa ? Es la hora

del descanso, descárganse los camellos de su pesadumbre de tapices, armas, telas, instrumentos músicos. Apoyándose en su callo pectoral esos camellos que pintamos de un dorado color, se acuestan en la hierba y duermen. En tanto los camelleros tañen pífanos, se coronan de campánulas, recitan las divinas tonadas del Oriente. Afuera acecha el sol rugiendo como mil leones que se murieran de una heroica hambre... La suavidad y armonía del bosque es como un arrullo y una ponzoña que encantan y convertirán en ovejuela al león...

«Huri de cabellos de oro,
dicenme que quieres tú
que te cuente un cuento mero;
uno sé que es un tesoro,
y me lo contó Benzú...»

¡ Esto, trovas de don Pedro Antonio Alarcón, significa comúnmente la palabra «caravanas»! ¡ Ah, y las acuarelas de Fortuny!

En cambio de la excesiva ufanía de un rancho árabe, tan gayo y rico, aquél de un cristiano, con sus camellos parduscos, polvorientos y esqueléticos, monstruos que inspiraban el capricho de una maquinaria envuelta en un pellejo, atravesaba la desolada llanura como si sufriese el largo y prolijo martirio de una expia-

ción. El nublado permanecía en su fofa inmovilidad. Aumentaba el silencio y también la calina. No se acababa nunca la jornada. Poco á poco se enñombrecían las reverberaciones contra el suelo, pétreo y vidrioso, de la destemplada blancor de las alturas, hasta que obscureció. Agonizaba la tarde. Los camellos y el camellero diríase que no se movían de un rodal...

Ya casi cuajaba la noche, y se encontraron una banda de aves negras, y al rato un perro muerto, enjuto como cecina, amoratado hormiguero de moscas, y con las costillas desnudas, en que los cuervos se posaban como gaviotas que otean desde el varillaje de una barca á medio construir. Ni se espantaron los pajarracos, ni desvió á la insensible y sonambulesca caravana la pestilencia de la carroña. Sonsoneaba el enjambre de las moscas. Fosforecía á trozos el can: sus empañados ojos, con su alucinante vaguedad, mentían una dolorosa expresión, y en torno á su descarnado hocico desparramábanse las plumas del rapaz averiado... La noche cerró por completo, y principiaron á brillar las luces de un poblado en lo último de la llanura... ¿Bagdag?

SANATORIUM

Decía Enrique Heine: «Sólo el hombre enfermo es hombre; sus miembros revelan una historia de dolores, están saturados de espíritu.» También los sanatorios, como ninguna otra fábrica arquitectónica, exceptuando las viejas catedrales y tal vez las quintas de los árabes andaluces, podrían mostrar un alma exquisita en el sutil paralelismo de las líneas de su plano y los sentimientos de su indicado habitador. Al pronunciar «sanatórium», parece como si nos trasladásemos á un apacible rincón de montaña, en el cual hubiera un grande y niveo edificio, sugestivo y silencioso como las mujeres que vestidas de negro y con un delantal blanco que sostiene el aspa de unos tirantes, cruzan sus largas y solitarias galerías. La ingenuidad de la fuente rústica en el jardín, inspira á los huéspedes sus pueriles y simples

juegos ilusionistas. Enseña á tener un recogimiento digno y grave, pues oculta en sus entrañas la amargura, y en su sereno aspecto sonríe. Rodéanlo, por lo común, opulentas fragosidades, una selva que atraviesa un río, unos, muchos montes, un pradal con vacas y margaritas... ; claros ejemplos en la forzosa quietud, contemplativa y germinadora, de una convalecencia. Se desprende del vocablo «sanatorio» una idea de dulcedumbre, como un aliento amoroso y puro. Desarmada de todas armas, nace la *Armonía de la cabeza de la Razón*...

Ocurre las más veces que el sanatorio no se encierra entre muros. Bastantes países alcanzaron celebridad de amables, generosos y delicados. ¡Oh, los paraísos en que *florece el limonero*...! Monte-Carlo, la terraza del mundo; Niza, cuyo azur semeja una campana de cristal; nuestra Málaga que respira los cielos; Madera, que ríe y se destrenza en multitud de arroyos; Cairo, el encantado reino de las golondrinas...

Yo sé que los tísicos, desde el fondo de sus ensueños, añadirán ahora: «Canarias, divina delicia de la tierra...» Lo sé porque he tropezado en cualquier paraje de las islas, con nu-

merosísimos tuberculosos. En la mesa del hotel, en el vecino asiento del automóvil, en la plaza oyendo la charanga militar, en el inevitable paseo por el espolón de los muelles, nunca falta aquella afilada sombra del hético, que dilata sus párpados de violetas mustias y mira con fija transparencia, que junta en el pecho las ascéticas manos de uñas buídas y cárdenas, y tose y tose, y se le colorean un instante las mejillas... Sus orejas recuerdan el celuloide y acaso la cabellera cae abultadamente, en vellones muertos, sobre el profundo surco de la nuca...

—¿Qué tal, mejoramos?—interroga alguien por cortesía y amabilidad.

—Poco á poco, sí... Poco á poco—, contestan los tísicos con una voz fina; el esfuerzo les hace toser de nuevo, y se descomponen y arrebolan; pero al último siempre sonríen...

¿Curaránse? ¿Se contiene el «sanatórium» del archipiélago en la bonanza, el suave temple de los huertos de limoneros y granados, donde se mezclan frescor y ardentía como los contrarios chorros de un voluptuoso baño tibio? La mucha lumbre, ¿no apagará la canción de las corrientes aguas, ni el gorjear de los pájaros, y el perfume de la lozana y libre verdura de los

caminos? ¿Quién lo visitó, y no se ha detenido al borde de un llano canario, que henchía la gleba, que lo abotagaba, el sol; que humeaba en una vaharada cristalina? A lo mejor se desata y enloquece «el sur», una hoguera convertida en viento, y no se diría más que el Africa es un tísico de fabulosa grandiosidad, el cual se encorva hacia la escuadrilla de islas, y las oprime con su soplo corrosivo, asfixiante.

Júntase la humedad al bochorno. Recuerdo la extrañeza de los viajeros del transatlántico *Alfonso XII*, en el regreso de Buenos Aires, que al cabo de varios días de navegación, al arribar á Tenerife, por primera vez observaron que la teca del barandado se empapó y rezumaba. Con efecto, nótase allí una intensa humedad. Pues ¿y lo dificultoso de las excursiones y andanzas, en virtud de lo quebradizo del terreno, raramente liso, cadena de cuevas, hasta resultar panorámicas las denominadas bellezas del paisaje, el señuelo de los *kodacs*? Y flota el polvo como un rayo de sol que alancea una cámara en tinieblas. Figuraos un tuberculoso, trepando con heroico alarde que le vence y dobla el cuerpo ruin, como la vuelta del báculo con que se mantiene en pie: suda, se

ahoga, suena su respiración en un silbido: sus pómulos brillan; sus cabellos se mojan y pegan á la marchita epidermis; camina con la boca abierta, y el polvoriento ambiente va asentando su nube en las enfermas entrañas, adelantándose y preparando las transformaciones de la fosa.

Por fin: ¿qué diversiones y amenidades, cuáles fiestas, qué espectáculo saludable, trato ó compañía, qué amistosa caridad, qué emuladora alegría, apartarán al tísico de su melancólico soliloquio, de su desmayo y pesimismo? Pongo por favorable caso que residís en la capital del archipiélago, Santa Cruz.

Durante el medio año de mi permanencia en esa ciudad, no se pasaba mañana ni tarde que los esquilones de las iglesias no tocaran á gloria por la agonía de un niño. Había una peste que nadie acertaba á remediar. Los periódicos increpaban al Alcalde. Se discutía sobre la epidemia en los cafés. Los médicos revelaron afrentosos secretos de dinero, en muchas casas no les pagaban, negáronse á asistirlos. De noche, al improviso, una mujer llorosa recorría las calles, con el espiritado hijo en brazos, buscando *un doctor...*

Repetiré las palabras de Goya en su agua-fuerte: «Yo lo vi...»

Los jueves y domingos un banda de música hacía florecer en otra primavera más, los valeses desteñidos, solterones ó anticuados, las «Escenas pintorescas», el «Poeta y Aldeano», el coro de «Bohemios», y para remate un paso-doble. Triunfaba alborotando la serenata en la plaza de la Constitución, rampa de losas que cerca un caserío nada monumental, y abajo dos pinos cloróticos forman dosel á un puesto de coches, y en la cabecera se yergue una cruz. A ranchos semeja el losado la cubierta de un buque. Pero más bien es la tapa inmensa de un enorme, gigantesco sepulcro. Entiérranse en aquella plaza la frivolidad, las modas, el entretenimiento; ¿cabe algo más aburrido y chillón y agrio que una fantasía para platillos y bombo, hay algo que entristezca como unos guardias municipales con ros de carabinero, unos pisaverdes que exageran las haldas de la chaqueta y el remangarse los calzones, tal cual linda y abrioleña muchacha, mas anémica, mas con unos pobres y pretenciosos trapitos, y esos corros de mamás obesas y arremolachadas, que en todas las plazas de la Constitución buscan

sentarse la mayoría en un banco público, y una en silla de pago? Los oficiales de la guarnición arrastran los sables gallardamente despreocupados. Las parejas de novios, flor y abeja, abeja y flor, se liban por turno, con la mirada. En la terraza de un Círculo se apelotona un recio mentidero de varones. Las redadas de mozalbetes luchando por el chiste, silban, parodian las sirenas de vapor, se ríen á carcajadas, pisan á los perros... Pensáis: si se desgajase de sus cimientos una de tantas plazas de la Constitución, y se depositara como un retablo en una calle de una ciudad grande y moderna, la calle de Alcalá, en Madrid, sirva de ejemplo: ¿qué cataclismo ocurriría? ¿Y qué impresionaría con especialidad? Yo sospecho que el desmedido uso de zapatos de charol con hiperbólicas lazadas... Finiquitan los líricos nocturnos en el momento que la iluminada esfera del reloj del Gobierno Civil señala las diez. La hora. Comienzan á plegarse las sillas. Retíranse las gentes. Hasta el domingo, cuaresmal abstinencia. Las noches sin serenata recógense las familias en su vivienda, y piden placer al fonógrafo: en una rua, seis, ocho, diez de los armoniosos estuches... ¿No comprendéis el deli-

quió de mirar á la luna, escuchando á Caruso, constipado? Tenerife es la segunda patria del invento de Edison: por el día el sol, que abrumba, obliáanos á no salir del cuarto; de noche ¿dónde ir? En la necesidad de una fina existencia interior, el espíritu desdeña la lotería y los juegos de prendas, y congrégase en la adoración al gramófono... Por razones idénticas Sevilla se apropió el piano... ¿Qué queréis? Los isleños prefieren el cilindro maravilloso: más misterio, además de que inspira respeto, no consiente paliques... Atención, ya balbucea el arrobador *Spirto gentil*...

En un corral se estableció una caravana de titiriteros, con su murga que presidía un trombón abollado. ¡Oh, venerables abuelos de las aldeas! Tornaríais á reiros con el borrico sabio, con el tonto de las bofetadas, con el puerco educado á la alta escuela. Allí el hombre-reptil que se descoyunta, el atleta ciclópeo, los excéntricos que ejecutan la *Marsellesa* y *Campanone* con una escala de copas y platos. Y allí la imborrable pantomima de los bandidos de los Abruzzos con aquel incendio, y la de la guerra de Africa en que un corneta degüella á un morazo... Conforme adelanta la función, siem-

pre «extraordinaria», el espectador se embriaga en las emociones dulces y dolorosas que Paul Verlaine lloró ante los caballitos de madera... En esto asoma Zaida á patinar en el alambre. Calza chinelas turquescas, aljofaran las rojas mallas racimos de lentejuelas: no la abandona la japonesa sombrilla: sonríe y canta la tonada que le hurtó para sus comedias Santiago Rusiñol:

*De terres enllà
portem la tristessa...*

La tristeza y el tedio. Un cruel *spleen* os devora como el buitre de Prometeo. Si no leéis, beberéis alcohol, si no dormiréis. Los diarios de Europa inquietan con el relato de saraos, exposiciones, conciertos, carreras de caballos, lecturas y estrenos. Del mundo aquél sólo el tapete verde de una ruleta consiguió Tenerife. Y la policía la desarmó, mientras mi permanencia en las islas, bendita casualidad. ¿Qué hacer? He aquí la pregunta de cada día, de cada hora, de cada minuto. ¿Qué hacer? Los infelices tísicos, en compensación de sus fatigas y una yanta más mecánica que nutritiva, porque nunca el agua caliente cría peces sabro-

sos, ni la lava pastos para el rebaño ; con el regusto de las conservas, han de soportar el arrullo de un gramófono, conserva de la voz, y los volatines sin fortuna... Languidecen, se marchitan, bostezan, se desesperan... Cuando yo embarqué para la Península me dijeron que se aficionaban á inventar y comprobar solitarios de naipes.

SANGRE SOLAR

Cielo azul, tierra de oro, mar esmeraldino: en el horizonte unas triangulares velas blancas: en el aire un revolar de palomas: una torre, seca y morena como un orejón, rueda unas campanas; y canta el bronce musical... Deslumbran multitud de cúpulas con tejas de colores, bamboléase la nieve de ropas puestas á secar en los tendederos; el sol se quiebra en las vidrieras de los quioscos que llaman *miramares*: la fundida estatua que corona la catedral, resalta en negro al recortarse en la diafanidad...

Hay largas tapias en calles de un poético silencio, por las que asoman cipreses y en las que se derraman pasionarias y olorosos rosales. Hay unas plazas que forman entonados caserones con ventrudas balconadas y patios en que unos domésticos de chaleco rojo y polaina ave-

llanada, cepillan y lavan los caballos y los carruajes, y en torno se cimbrean los galgos aristocráticos. Hay un callizo que tiene un nombre arcaico y gremial, y de los desvanes siempre caen tonadas antiguas sonsoneadas á coro al compás de unos telares; de los asotanados cuartos bajos constantemente suben cánticos, golpear de martillos y risas; en un trecho detienen al curioso caminante tres, cuatro puertas con aspecto de no abrirse nunca: son almacenes de especias, trascienden á canela y á clavo: otra da un grato olor de café crudo. Hay en una revuelta un retablo de la Virgen, con su lámpara bermeja y aguda como el corazón, con unos ramos cónicos de dalias; á su pie rezonga un mendigo de barbas negras y chapeo, de carnes como la madera de una castellana talla, ojos de bandolero. Allí junto, entre unas acacias de bola, juegan unas niñas al corro:

*Yo me quería casar
con un mocito barbero...*

Hay una iglesia muy antigua, con unas cortinas verdes y los anuncios de las novenas y devociones pegados con obleas en un portón; en el atrio de mármol obscuro que el

tiempo emblanqueció flota aroma de incienso y se ven diseminadas ramitas de mirto y albahaca; espera un coche familiar tapizado de damasco eminencia; entran y salen las beatas con unos levitines y unas lustrosas llaves grandes, y se paran y escuchan á un sacerdote gordo, que arrastra los pies, y que se quedó ciego, casi ciego; un joven pálido con una corbata de garabato, le sirve de lazarillo. Hay un mercado como un zoco árabe, con sus gritos, su desorden, su promiscuidad, su bullanga de fiesta meridional. De allí salen los pregoneiros de las canturias moras y la estatuaria postura griega, el pescadero, el florista, el lañador, el horchatero, el escobero, el que vende palmitos ó miel ó caza muerta... Recorren la ciudad y por un instante alteran el somnífero arrullo de un piano que hace escalas, de unos palomos buchones que se regodean, de un loro en su alcándara, allá olvidado en un mirador...

Las tierras del sol: Málaga, Valencia, Nápoles, Florencia, Sevilla..., todas, todas ¿no guardan tales recuerdos de los tiempos que más las definieron como claras y rientes hijas de Apolo? ¿Falta acaso tampoco el suburbio popular de las guitarras y las tabernas, las mo-

citas más guapas, y las abuelas más pilongas, y los chaveas más diablescicos y la gente del bronce, ese arrabal que suele presidir el *Matadero*, con su cabeza de toro en piedra, como un símbolo, en la fachada? ¿Alguna entre las demás no posee y se ufana de sus jardines, de sus alamedas y recreos, con la fuente monumental de «Las Estaciones», clásico y simple alabastro que los años doran, con sus ramilletes de adelfas, sus arriates como aquel del abanico y otro que figura un reloj, y, en fin, la pista llena de berlinas, jardineras, galeas, cestos; los brutos redondeados y lustrosos, los lacayos con cara de onza y unas libreas verde-botella; y adentro un marqués que aún conserva la *luchana* y un bastón de Indias; y á su lado, con una flor en la cintura, una de esas odaliscas cuyas antecesoras el siglo de los Felipes bautizó, tibiamente peregrina, y la cual esparce la descuidada voluptuosidad de su mirada por el firmamento que se arrebola con magnífica lentitud?... .

Las tierras del sol, ¡ las floreales, las nupciales, las arqueológicas, las músicas, las de rumbo, las del color!...

Canarias es un dominio del sol. Y él, ¿ es un

dominio de Canarias? En verdad os digo que en ningún favorecido lugar se aparece con tanto ímpetu como en el archipiélago atlántico; no se diría sino que al gusto y uso africanos, pues frente á la morería se halla Canarias, el sol se disfrazó de sultán, y reunió en un lecho de espumas siete doncellas que amar y enaltecer poderosamente. Apasionado mayor de las islas, ni el mismo Océano que las cuna y aduerme con su oleaje, al par movimiento y voz, ritmo el más vital. Pero las doncellitas no acertaron á enseñorearse de su dueño, y una inmovible esclavitud las aniquila. Y nótese cómo la principal ventaja de su riqueza acabó en una afrentosa ruindad.

¿Por qué los isleños no prepararon sus montañas y sus valles para que los preñara y adornase fascinado el padre universal? No supieron jamás lograr un bosque, la ofrenda y el pago de sus caricias. Si proponéis una explotación, poblar de árboles las cumbres calvas, plantar y fincar los desiertos con viñas de malvasía, encogen los hombros, responden con maldiciones á la lava que cubre el suelo dondequiera, se cansan antes de principiar. En balde les advertís que llovería si se encrespa-

sen las frondas, y el agua duplicaría las cosechas, y se dulcificaría el clima aún más, y aumentaríanse los vapores en la dársena, y tintinearía el oro en aquellas mesas de café á que en extremo se aficionaron... La fuerza, la violencia, la fecundidad, ¿no caracterizan á las tierras del sol? El archipiélago se cultiva á trozos, arbustos solitarios en un apagado hogar de fragua...

Otros bienes que á sus predilectos procura la luz son la galanura, el fausto, los jardines, el bullicio, los palacios claros y alegres, las zambras, la majeza, la policromía, el brillo... Después del vigor, la gracia, en un helénico equilibrio. ¿Y cómo se alumbrará la madre Pipota sin su candil? Si los isleños menospreciáronse de enriquecer el país, ¿qué les resta para el regalo y lujo de lo superfluo? Si no cae el agua ni surge del fondo, ¿qué regia fuente de tres tazones y cien chorros se podrá fabricar, aunque la diseñara Leonardo redivivo? ¿Qué terraza de jaspes, á la moda de Florencia, se construirá en el punto que la escoria toca la fimbria del cielo, cerrando el horizonte como una chinesca muralla de lo horrible, inútil y estéril? ¡Ah, si le naciera

un pinar de terciopelo, con sus arpas !... Salvo un ingenuo, un modestísimo y provinciano parque, que aderezaron aquellos ministros de Carlos III, los que se creería que los repartieron por una circular de la época, muy vanidosa de su sello real, no ostenta la primer ciudad de las islas una avenida de plátanos, castaños ó laureles, una arboleda, por acabar en una palabra. No sonríen las poblaciones canarias. Desconocen la amenidad, la lindeza, la elegancia, el urbanismo... Recapaciten que se les exigirán responsabilidades de su tesoro de calor y transparencia...

Y acaece que con el absoluto desdén al azadonazo y al encanto de la amabilidad y los refinamientos, el país se empobreció y entenebreció desdichadamente. En la vía de la Orotava se alinean los mendigos, y asaltan y obsesionan con sus lágrimas al forastero. España confió á las islas la misión de adelantar á la joven América una muestra de la hospitalaria cultura europea; ¿por qué Canarias presenta en la vanguardia una miseria, un descaro, un indigno memorial? El empuje y la energía solares que no domeñaron y aprovecharon los indígenas, se les vuelve en contra, y les infil-

tró una indolencia ya heredada que produce el sopor. Así les desposeyeron de los muelles, y de las grandes y la mínimas industrias. En los bancos de la plaza tinerfeña de la Constitución, perennemente hallaréis desceñidos y engarabitados dormilones. Las denominadas clases altas ocian volteando los dados en unos casinos. Afirma la sabiduría popular que el ocio es madre de todos los vicios; sus nietos son la ignorancia y la indeferencia; su tataranieto..., un valor negativo.

¿Qué iluso, después de esto, esperará toparse allí uno de aquellos palacios con pinturas y medallones al fresco en el frontis, con una escalinata ancha y graciosamente curva como la cola de un manto de emperatriz; con una huerta que oculta un templete del amor en una roseda; con una cochera ceremoniosa de carrozas, cuyas portezuelas lucen tornasoladas conchas seculares; con una galería de cuadros del Renacimiento, y una sala en que se reverencia el clavecín de Sebastián Bach...; uno de aquellos palacios claros y alegres, en suma, que perpetúan la gloria ilustre y la pompa de las gentes y los pueblos que los edificaron? ¿Cómo exigir á una muchedumbre cha-

fada y oprimida por mil soles, el regocijo y la vivacidad inmortal de otras multitudes que parecen la espuma de su sol, uno y soberano? Avanza la hora de Florencia, y no se tiñe de púrpura un rococo alabastro, el granito de una almenada torre heroica, ni se inflaman como antorchas unos cipreses, ni se truecan en rubíes los brillantes de un surtidor, ni alienta el mármol de una desnuda estatua con la sangre de una mitológica carnación... Villas sin callizos, la revuelta de la tapada, la encrucijada celestinesca, los hidalgos soportales, la plazuela de los autos de fe y el raso de la horca... ¿No tiene historia Canarias? No tiene arte, estilo, personalidad; no tiene civilización... Ofrece la rareza de que en una tierra del sol no palpita la «sangre solar».

ALEMANES

EN LA ORATAVA

¡ Oh, el bochorno de esta noche africana !
Grandes y lechosas estrellas palpitan como el corazón ; suena el mar como el viento que tafe muchos acordados pinares ; la espesura enigmática de unos jardines envía el ardor de su aliento perfumado ; torpes y cálidos abejorros revuelan en las tinieblas y tropiezan en mi cara y en mis manos que los atraen con su claridad ; los grillos chirrían en la verbena de las luciérnagas ; las gruesas gotas del rocío revientan á mis pies...

Con una mantecosa blandura se eleva entre los árboles, que lo mellan á bocados redondos de sus frondas, un palacio de dos alas, con unas torres y un patio inmenso y suave de césped, hasta el que descienden amplias esca-

linatas de mármol. De trecho en trecho, un poyo que imita una columna, y sobre el capitel una canastilla con un rosal. A mis espaldas sale de un artificio de ciprés recortado un triple surtidor con su reir de ninfa. El alcázar trae el recuerdo de la mole de ladrillo rojo que habitaban nuestros reyes en Aranjuez. Las macetas, con sus volutas y relieves al estilo borbónico, y los enanos laberintos italianescos completan la versallesca remembranza. Un ala del edificio tiene encendidos en carnosos color de rosa sus altos ventanales. A intervalos se oye una música tras los vidrios, y pasan abrazándose y rodando unas sombras negras. Sigilosamente se abre el portalón, y se escapan los trinos de la flauta como un pájaro que huye cantando. En seguida la sordina otra vez, y se apaga la grieta de luz que acababa de romper la obscuridad de una galería desierta. Y á lo largo de la nave, misteriosa bajo el fulgor de los luceros, deslízanse unas sombras blancas...

De repente... ¿qué es esto? El patio todo se ilumina con una lumbre espectral. Las arcadas del claustro profano marcan su vuelta en las losas. El palacio se corona como de escar-

cha. Divide una pared un descomunal cartabón que refulge. Brilla el rocío en las escaleras. Yo mismo me contemplo caricaturizado en una disforme silueta tumbada en el césped. ¿Qué es esto? Miro arriba, y el firmamento está radioso como la capa del mar. Busco, escudriño... ¡allí! Prendida en el tinglado de unas chimeneas que alguien dispuso igual que los escalonados tubos de la siringa, hay una luna llena, carrilluda, buenaza, del color del pan, que no sé por qué me da unas tremendas ganas de reir.

—*Bon soir, la lune!*—exclamo como en Verlaine, en *Fêtes galantes*, el abate borracho. ¡*Bon soir!* Y me retiro muy tieso, muy grave, perseguido por el coro burlón de los grillos, sintiendo alejarse la musical alegría de la ninfa que guarda la fuente del triple surtidor...

¡Oh, la sensualidad de los nocturnos africanos, aquí en el famosísimo valle, aquí en el puerto de la Orotava!



El valle explaya su verdura isla adentro, hacia el Norte de Tenerife. No temáis, sin

embargo, que la excursión resulte la carrera de obstáculos que suele emprender el turista de los lugares célebres. Un viaje á la Orotava no encierra trascendencia ninguna, ni siquiera la de instruirse. Nunca será una peregrinación. Sólo se encaminan las gentes hacia los platanales éstos en solicitud del deleite de una vida ociosa y de lujo. La Orotava, al fin, es el oasis de la desolada isla: clima dulce, panoramas, florida la tierra... Y sobre todo, que nuestro vigésimo siglo europeo, representado por los alemanes, se ha apoderado del Paraíso tinerfeño, ha descubierto el sentido de su relativa mas armónica abundancia, y lo civilizó y educó pensando en el viejo continente, lo llenó de *comfort*, aquí exótico, y en suma, aportó la silla de marfil que Emersson demanda para contemplar con comodidad los amados pinos. Yo fuí á la Orotava en un cochecillo de dos ruedas, del que tiraba un vivaz galgo, que no un rocín. El amo del tilburi guiaba ayudándose con un látigo fino como un cabello, y el corcel braceaba en una gimnasia de gentileza, y devoraba el camino, entre el tintineo de dos enormes faroles. A la izquierda ascendía el monte con frutales en su rosácea

primavera y chozas humeantes. De cuando en cuando un pastor con unas pocas vacas. Desollados eucaliptus y jugosos y espesos laureles de Indias pueblan la carretera de gratos sonos, y listan el pardo terruño con rayas de oro, como la piel de un tigre. Allá abajo, muy abajo, á la diestra, luego de un abismo, se derrama el mar, mudo y terso, inmóvil, con unos regueros de claridad que parecen las desconchaduras de un espejo, y que delatan la borrasca de un oleaje bravío y encrespado. Nos pasó un automóvil. Unas carretas rurales saludáronnos con una tarda reverencia de los muleros. También topamos un arcaico *landeau* con unos ingleses. Cruzó galopando un jinete de amplios calzones y fieltro gris, con el monóculo clavado en una ceja. Después fué un ciclista con los mil rayitos que á la argétea máquina arrancaba el sol. Dejábamos atrás aldeas idílicas, en la tarde que iba muriendo...

De verdad, yo había conocido algo así en el *couché* de alguna revista de moda. Me hice la ilusión de que aceptaba un convite á unas semanas de un parisiense castillo en los bosques de Francia. Y miraba con ojos noveleros mi sombra que la última luz perfilaba en el polvo,

con el acampanado gabán, los dedos en una cayata y en la solapa unas brozas y unas miosotis que la silueta errabunda copiaba con prolijidad de miniaturista...

¡El Teide! Destacado del cielo glauco que se descoloraba, sobrepujando una montañota, surgía un pico, rasurado y agudo, con unas estrías de nieve. ¡El Teide! ¿Recordáis sus hazañas que hace unos meses nos inquietaron y avivaron la memoria de Messina? ¡Padre del archipiélago! Pensaba yo hallarme un barbado volcán, con su cimera de humazo que infestara el aire. Pues no: helo ahí doncel, y que adorna su pecho con joyeles y cadenas de plata de nieve, como un enamorado...

En tanto ya llegábamos al universal valle de la Orotava. Fórmalo un hondón que el crepúsculo agranda y magnifica. La masa verde de un platanal de plátanos prietos que caprichosamente se compararían á loros que no hablasen: plátanos menudos, cuando acaso soñáis en gigantes. Plátanos, plátanos, plátanos. En la sima, en los declives, sobre ribazos, en fila, sueltos... De pie en el tílburí, yo vacilo en conmovirme: no me emocionan los plátanos, no infunden el respeto religioso que las

encinas druídicas, ni la ternura bucólica que los granados y los mirtos, ni el anhelo heroico de un robledal. Aquel travieso caballero Puk, el diablillo de las jugarretas, me insinúa: «¿Dónde se arrodillaría Humboldt, que es fama adoró de rodillas el valle?»

A mi lado, el amigo mío, revela cantidades, baraja nombres de monedas, mercados ingleses, créditos, liquidaciones... Sí, afortunados propietarios los del valle, rinden los plátanos una copiosa riqueza en tributo. Pero ¿no ocurre lo mismo con los naranjales de Valencia, y sin embargo, también son gratos á la vista, evocadores y tema de poetas insignes? ¿Estará en que los naranjos recuerdan la Grecia, y los plátanos América, símbolo de un exclusivo porvenir bancario que puede no preocupar á muchas gentes?

Entonces: ¿no merece el valle su nombradía tan vasta? Tan vasta, no. Lo a y acatamiento sí se le debe: poco á poco el paisaje se nos cueca por la retina y arriba al pecho; impresionada la profundidad de la hoya, la manse-dumbre del Atlántico que muere en una playa espumosa, el cerco de una cordillera prócer, y aquel pico del Teide que conforme lo examina-

mos nos admira más en su falta de tramoya y aparato, con su escueta sobriedad. Encanta dominar esa escenografía casi titanésca, de lo alto de un tálburi, y terminaremos apasionándonos por los silenciosos doseles que despliegan los plátanos á lo largo y lo ancho del valle. Porque en la cumbre del puerto esclataron las luminarias de un soberbio edificio, á través de fastuosas frondosidades. He ahí la Europa colonizadora. Precipitamos el agagaldo jaco hacia el solitario alcázar, y ya el lucero temblaba en el crudo azur, cuando penetramos en un patio inmenso y suave con el césped, esmaltado de rosas que bordean amplias escalinatas de mármol. En el momento que nos desentumecíamos principió á alborotar un tam-tam chino; á su conjuro damas escotadas y *gentle-
met de smoking* apareciéronse en las galerías y se dirigieron á un esplendente comedor.

En medio de los plátanos, luego de la comida, la aristocrática multitud dijo y cometió rabelesianas locuras, donosuras de comedia shakespeariana, rimas de Heine. ¿Cómo no apasionarse del bosque que ofrece en su seno en vez de setas venenosas una guirnalda de ondinas del Rhin y unos faunos como los que

pintaba Boecklin, nada helénicos, faunos focas, que dispartando en los humanos juegos inventarán uno divino...?

*
* *

Ya te contaré, lector, el idilio de los ingleses en Canarias. Aman la sencillez. Toman el sol como los lagartos. Vagan en el ensueño de la luna, rumiando la nostalgia de los días en que sintieron la de estas tierras. Hasta en la cantina de un *Club*, donde yo he chocado algunos *rusos* y algunos *whiskie and soda* con centenares de *rusos* y *whiskie*, en los veladores con ceniceros de reclamo y presididos por el retrato en relieve de su rey, beben sin inmutarse copa tras copa de sus ponzoñas y elixires que siempre tienen color de guinda ó de barniz; y ya ahitos, se quedan en mangas de camisa y riñen una partida de billar, ó abrochándose la americana sé lanzan á la calle, enhiestos y solemnes como un pompón, mas con la mirada de un cordero. En la halagüena latitud, en la diafanidad del archipiélago de las siete islas, los ingleses se desvanecen en una existencia escurridiza y sedosa como la caricia

de una mano sensual á la muda y mórbida cabellera de una deseada mujer...

¿Por qué los alemanes, que entonan un himno gemelo del inglés, al izar la bandera, y que prorrumpen también en hurras; por qué los alemanes no sentirán lo mismo que los ingleses, con aquella extática y casi mística simplicidad sabrosa, el resplandor y las indolencias de los países del sol, sino que por el contrario chillan, ríen, brincan, se aturden, trotan, bailan zarabandas y tarantelas, y el suelo tiembla, como la tarima de una barraca, bajo la fortaleza y el torbellino de los ferreteados zapatos?

Una colonia de ondinas, y faunos y silenos con demasiada grasa, se apoderó del valle. El palacio borbónico, á la risueña y encantadora luz del nuevo día, descende en su linaje regio, y realiza en cambio uno de esos novecentistas proyectos que publica la arquitectura nórdica en sus revistas de arte decorativo. Se trata de un hotel, blanco y simétrico rodeado de una selva, por dentro Versailles. Acodado en la ventana recorro con la vista la abullonada pendiente del cerro. El campo se transfiguró. ¿Talaron y soterraron los plá-

tanos? Por doquiera, palmas, laureles, pinos, extrañas y corpulentas camelias, y un bosque raro que evoca el fondo del mar, un enano bosque de arbustos retorcidos y espinosos de Africa, sierpes vegetales, erizos, alfanjes moros, sierras, parodias de anticuados y curvilíneos instrumentos músicos, monstruosos corales verdes: sin un rumor, sin una vibración ni un movimiento: se creería que va á desaparecer con los mil tentáculos. Contrasta con su sueño incomprensible la viveza de las rosas, los geranios, campánulas, pasionarias, azucenas, violetas, lirios, un Abril de *parterre* junto á un Agosto de jardín botánico, y por encima un sol de miel, púrpura y ámbar. La serranía destócase sus nieblas mañaneras con lánguida beatitud. El océano semeja una gasa celeste en la que olvidaron unos encajes. Se esponjan los pájaros y quiebran sus piídos. Una postrera gota del relente, que no se evaporó, pone la magia de un arco iris microscópico sobre una carminosa hojuela...

Salgo para saturarme de la castidad de la mañana y respirar el sosiego del aire, y enfilo un prolongado corredor que un fámulo encera sorteando las botas que aguardan betún á la

puerta de cada dormitorio. Una madama es-
capa sigilosamente del gabinete del pedicuro.
Atraviesa una camarera que sostiene en la
punta de sus dedos un servicio de té. En el
vestíbulo, recostado en un diván de mimbre
que acolchan rameados almohadones, hallo á
un amigo mío, un «cabezota» de doctor que me
presentaron durante la velada. Os prometo
que entre los ingleses no faltarán sus acredi-
tados excéntricos. En un cotarro de alemanes
no podía mancar un ilustre doctor Topsius.
Mi amigo es un naturalista, que dedicó la
mitad del armario ropero para la levita y el
frac, y la otra mitad para los pedruscos y los
bichos que colecciona. ¡Bravo doctor! Anoche,
la cantina del hotel, que gobierna una pizpi-
reta Margarita, cuajó en una orgía sorda de
gentlemen. La luna llena, en el hueco de
un balcón, enriquecería su álbum de homenajes.
¿Quién no le arrojó un suspiro? La pequeña
Margarita defendíase á grititos y arañazos
contra el ansia de todos por besarla. Dos ve-
nerables abuelos volcaban los dados, y un
barbilampiño doncel, golpeándose la immacu-
lada pechera, encaramóse á una mesa de billar
y recitaba versos... Se hablaba alemán, in-

glés, francés, español... Al improviso, atropellándonos, como un carro cuya caballería se desenfrena, precipitóse en la cantina el bueno del doctor con su frac universitario y una manga de coger libélulas y mariposas; una amarilla volaba en las lámparas; siguióla con inspiradas pupilas el sabio y al remate cayó en la red el insecto y se marchó mi doctor rezongando latines, con un olímpico desdén para las carcajadas que estallaron á sus espaldas y para el vals que en su cara rizaban y desrizaban, un poco más allá, la flauta con sus trinos, el piano á picotazos y un violoncelo que razonaba y un violín seductor. ¡Topsius de mi ánima! Topsius, más doctor que Fausto, que hubiese cedido á la tentación del placer y la juventud...

En la ágil molicie de las horas alondras, el buen naturalista, enfundado en una bata de hilo, leía en la panza de un volumen. Le interrumpí y nos saludamos. Se inició una plática de generalidades. Una recua de enflocados asnillos que acudían al hotel para alquilarse á excursionistas, sirvió de pretexto á una conferencia del sabio, que la coronó con una involuntaria respuesta á mi asombro por los va-

rios efectos de las tierras solares en germanos y anglosajones.

—Alemania—dijo Topsisius—envuelta en sus brumas, torpe por la pesadumbre de sus fríos y su barbarie, y al par académica y estudiosa de la antigüedad, se enternece al recuerdo de la risa de Grecia; la risa de Grecia, que en concepto de los investigadores significa equilibrio, transparencia, salud, cultivo, comprensión, serenidad. Pero los turistas confunden el zángano y su Beocia con la abeja ática, y un trozo de azul y una flamarada de oro les basta para considerarse ciudadanos helenos, sin que exijan jamás una mayor exquisitez de detalles en el *pastiche*; y creen que la risa de las bacanales es la risa de los griegos; y cómo Alemania entera se enternece al nombre de Grecia...

Calló el doctor y fijó en mí una mirada gatuna; á pesar de las mariposas de la víspera, no aseguraría yo que el *tío* aquél no me «tomaba el pelo».

*
* *

—*Bon soir...*

Era el décimo saludo que dirigía á la luna,

siempre en las chimeneas, emboscada como amante que acecha la infidelidad. Gané una de las escalinatas y entré en un pintoresco y caprichoso *hall*. Al pronto me cegó la especie de árboles Noël de luminarias que simulan las cristalinas arañas pendientes, y su multiplicación en los espejos y en el charolado *parquet* que se dilataba por sucesivos salones con las puertas abiertas. Después vislumbré en su perspectiva el arrullador sexteto junto á un inmenso ventanal claveteado de estrellas, al socaire de la tapa de un piano de cola. Algunas parejas danzaban, y las faldas femeniles, con la velocidad de las vueltas, ceñíanse á los muslos, y en los bordes se explayaban como las flores que llaman campanillas. Avanzaba valsando sola una figura de amazona, rubia y alta; dos rivales se echaron á recibirla, chocaron los tres, y unas rosas que ella llevaba en el pecho, se deshojaron y llovieron lentas como plumas de un palomo que hirieron en el tiro.

En el *hall* tertuliábase con un velador de mimbre al centro de cada corro. Dominaban en los hombres los rostros de una bermejez de mingo, y las pelucas blondas. En violentísi-

ma contraposición, varios *gentlemen* africanos, gente del valle que asiste al sarao del hotel, con sus testas morenas y el pelo rizado, ponían un ascua en el tono frío y auroral. Unas mujeres parecían abanicos inmensos, gayos y madrigalescos abanicos Luis XV. Semejaban otras pavos reales. Otras una septembrina vara de nardos. La estatua que el alba anima y enrojece...

He aquí las ondinas fuera del río, con los cabellos secos. En la amplitud descuidada del *hall*, las ondinas mezclaban y borraban sus remilgos y reparos de judías, católicas ó protestantes, apuraban vasos de *champagne* y fumaban cigarritos de que fluye un humo sutil. A lo mejor se levantaba una, arrebozándose en el chal, cuya flora de lentejuelas fosforecía, y atravesando el baile internábase en una estancia diminuta, que con sus divanes turcos y sus apaisados espejos de óvalo, tornábanos á los románticos dibujos de Gavarnie. De una discreta penumbra destacaba un tapete verde, la ruleta, en una palabra. La ondina sentábase y señalaba con lápiz en los cartones; sus ensortijadas manos con las fichas, mentían el nácar portador de las perlas; los espejos, que

añoraban el miriñaque y las cocas, copiaban su escote de la espalda, recortado como un corazón de baraja francesa. Chupaba eternamente los cigarritos con sus cintas de humo sutil... Al ardor de las tierras solares, cubrióse de un tenue sarpullido su nivea epidermis, y obscureciéronse los párpados como una rosa te que se mustia...

¡ Alemanes en la Orotava ! Rabelesianas locuras, donosuras de comedia shakespearana, rimas de Heine. Bulliciosa alegría de vivir. La risa de Grecia... Esos *gentlemen* africanos que negreaban en el *hall*, guardan multitud de fotografías de diversos parajes, pompa de los *kodacs* teutones, al dorso de las cuales, escrito en rasgos de una femenina indecisión, se lee: *Orotava—Teneriffa—Saison, 1910*; y cierran la frase signos admirativos, reveladores de la más profunda ventura...

(*Orotava, en el Humboldt.*)

ESPAÑA

EL CASTELLANO LEAL

Y dice el conde de Benavente por boca del duque de Rivas, y en romance, para mayor casticismo y dignidad:

*Hola. hidalgos y escuderos
de mi alcurnia y mi blasón,
mirad como bien nacidos
de mi sangre y casa en pro.*

*Esas puertas se defiendan,
que no ha de entrar, vive Dios,
por ellas quien no estuviere
más limpio que lo está el sol...*

¿Ignora alguien la hazaña de Benavente, cuando el César Carlos V, «en España era primero», le envió por huésped al gran Borbón, que

*gozóse en ver prisionero
á su natural señor;
y que á Toledo ha venido,
ufano de su traición.
para recibir mercedes
y ver al Emperador...?*

El altivo y escrupuloso prócer le abandona
su alhajado palacio, y el francés

*hizo mansión en Toledo,
del noble conde ocupando
los honrados aposentos.*

Pero la noche en que los dejó vacíos, y par-
tiera con sus capitanes todo afectado de orgullo
por el abatimiento y castigo del de Benavente,

*turbó la apacible luna
un vapor blanco y espeso.
A poco rato tornóse
en humo fecundo y denso..
Después en ardientes chispas
y en un resplandor horrendo...
Y al fin su furor mostrando
en embravecido incendio,
que devoraba altas torres
y derrumbaba altos techos...*

Con esta acción tan ilustre, el venerable con-
de de Benavente dictó á su tierra un inmarchi-
table código del honor de la hospitalidad. En
compás y tono más familiares, aquel relato
sobre la lucha entre el hidalgo y el labrador
para ocupar la cabecera, ¿no indica bien á las
claras cómo deberá mostrarse y llevarse en un
convite la cortesía española? Y en caso de

alojar á personas de calidad y poderío, ahí el alcalde de Zalamea puede servir de guía y norte á los demasiado humildes como á los desmedidamente vanos. Por lo que toca á la abundancia y al amor con que se reciban los extraños y de fuera, gratos y pródigos ejemplos hay en el *Quijote*, desde el de los pastores que no poseen más que un puñado de bellotas, hasta el del rico caballero del verde gabán, con sus tobosescas tinajas en el patio, visión tranquilizadora y casi nutritiva.

Un castellano, un español leal, entonces, no ha de compartir su mesa con las gentes malas y descalificadas; acatará y enaltecerá al huésped, sin sublimarlo al extremo de que venga el amigo de la calle a parar en amo de nuestra casa, y desconociéndola tenga que «hacer sus honores», según el dicho corriente; con los soberbios y magníficos no quebrarse de una reverencia, tampoco envarar el espinazo: la llana y grave dulzura de Pedro Crespo; y en la olla el estimado y defendido pernil, y para después la más suculenta gallina de la corralada, y en la tertulia nuestra, el asiento propio, ya que no la silla tradicional de los patriarcas del hogar; y así al estilo procúrense

al forastero regalo, amenidad, abundancia, contento y placer.

Muéveme á escribir lo que va, el espectáculo que, no sin rubor y cólera, presencié en las islas Cnarias.

No es que amparen y eleven á un traidor, es que los isleños mismos son sus traidores. ¿Por qué prefirieron descender á fondistas y hosteleros de Inglaterra, cuando podían mantenerse en una igualdad con sus visitantes, y no que se rebajan á criados, y llega á regir sus actos un mandato ajeno? ¿No significa desdén y menosprecio para los hidalgos de la Península, que en el archipiélago no vivan los ingleses como alojados, sino, por el contrario, nosotros hemos de cambiar los usos y costumbres españoles y meridionales por los del Septentrión? ¡En un lugar hispano y meridional!

El ordenamiento y distribución de las jornadas obedece á un método inglés. Almorzaréis á media mañana, el te á las cinco, la comida en punto que anochece. En los *restaurants* y cervecerías, la lista está compuesta de exotismos. Administra y vigila el ceremonial de las festividades de sociedad un severo

juicio nórdico: prohibido el *smoking* en los bailes y saraos la pechera blanda; ¡ay, y cómo se cuele ahí un chistoso iberismo, rematando los fracs con gorras y *canotiers!* Jorge Brummel, en Canarias, se pasea por las calles de frac y gorra velluda...

No creáis, sus desazones y pesadumbres acarrea á los isleños la manía de anglosajonizarse. Forzosamente las oficinas, tendejones y despachos laboran en lo engallado y corajudo del sol. ¡Imaginaos, si en el bochorno de un medio día agosteano, entre la reverberación de las calles que humean, os encomendasen hallar y co...egir la falta de una suma, desalojar los anaqueles de su carga de paños y extenderlos en el mostrador!

¿No alcanzó ya autoridad de aforismo y no se complace en afirmarlo cada vez más la experiencia, que la diáfana frescura matutina ayuda y estimula á trabajar? La hora de la charrera, esa fogarada, esa incandescencia universal ¿no entorpece y dificulta la máquina humana? Duerme la naturaleza.

«Desde el hombre á la mosca todo se enerva...»

Pues ¿y qué espolear de precipitaciones

é impaciencias existen donde las tardes permanecen suspensas en su arrebol como en un éxtasis y eternizan su clara luz?

Hablo yo, sentido como español de que las islas renuncien á su abolengo y á conquistarse una personalidad, y de que así olviden la postura señorial y afable que les corresponde, envenenadas por la codicia, ambiciosas de lucro como los cuervos mercaderes.

Miren de no caer, por la corrosiva obra de las complacencias, en una irremediable pobreza del ánimo, en ciertas aptitudes para la servidumbre, en la esclavitud.

No se comprende la entrega al forastero de espíritu, las libertades, el pasado, el presente y quizás el porvenir; además del pan, la sal y el agua simbólicos.

Y que el oro inglés, convencido de la grandeza de su imperio, no se conmueve ante las más abnegadas sumisiones...

Un castellano, un español leal, procure á su huésped regalo, amenidad, abundancia, contento y placer. ¿Será preciso advertir que si vergonzoso y avariento parece el descuido de cualquiera de las enumeradas atenciones y observancias, no menos se condena la lisonja

hiperbólica, un adulatorio condescender y soportar?

También los clásicos definieron y explayaron este por lo común ganancioso arte en un libro: *La Celestina*.

ANDALUCIA, AMERICA

Como la blanca Cádiz, como Sevilla, las ciudades canarias deben admirarse desde lo alto de una torre, en el barquichuelo de un globo, asomándose á una nube; y que funcionen de *cicerone* las golondrinas: con su ternura y delicadeza, los pajaritos amigos de Jesús saben mostrar entre innumerables azoteas, patios, cierros, rejas y jardines del Guadalquivir, todos iguales los unos á los otros, cual oculta á la tataranieta de la guapa Rocío ó Dolores que sirvió de modelo á Murillo en su Purísima Concepción.

Como Cádiz y Sevilla son Las Palmas y Santa Cruz, apaisadas, claras, sin tejados verdinosos y parduscos; ¿recordáis la glauca y sedaña llanura de pastos que se despliega á la vista de la Giralda? Parece un quieto y dormido mar; ese mar que desde los campana-

rios de Tenerife ó la Gran Canaria, semeja una rizosa y juguetona llanura pradal...

Pero no se engañe nadie: si una prístina y resbaladiza ojeada trae la memoria de Andalucía, bien pronto se desmorona la ilusión; así que por nuestros pasos, deteniéndonos á escudriñar en los portales, parándonos en las esquinas y enfilando los callizos, recorreremos las poblaciones del archipiélago. ¿Por qué la primavera isleña no huele á azahar y albahaca? ¿Por qué los reducidos pórticos y atrios no descubren el patinuelo á través de una cancela florida y calada como un encaje? ¿Y cómo en ninguno se oye el murmurio de una fuentecita de alabastro, bajo un improvisado dosel de palmitos y plátanos en sus pintadas cubas? Y esas tapias que embadurnaron de un agrio color rosa y que tanto se ufanan con esas enredaderas de borlones rojos, ¿no deslumbrarían en la Bética, con una nivea blancor, y no turbarían los sentidos del caminante con el aliento de unos rosales menudos, y no pondrían en el alma un melancólico deseo amatorio, con su gravedad, su portón verde y un manto de passionarias y jazmines como suspiros? ¿Dónde está tampoco la guirnalda de macetas en las

azoteas? ¿Y el cierro de cristales que reflejan el sol moribundo y brillan como un incendio? Finalmente, no hay rejas. En Canarias no guarda la mocita, el ruiseñor de la casa, un relicario de hierro, canastillo de flores, red de galanes, cárcel e las sultanas, filtros que con su trama depuran y sutilizan la bravía pasión meridional, retablo como el que alumbra una lámpara á la vuelta, pero en el que María Santísima, escucha al pecador, se engarza de palique con él, se ríe, llora, besa y mata y muere.

En las islas reemplazaron las rejas unas ventanas con unos cuarterones que se abren y cierran como las tapas de un libro grueso: y ni jaula con un jilguero, ni una vara de nardos...

Dicho se está que no habiendo rejas, no se halla un enverjado, una veleta, un aldabón, un picaporte, un clavo, un herraje de arca, un caballete de pozo, nada en suma que los martillos de los forjadores crearan para lustre y testimonio de una civilización. Este desdén al hierro heredáronlo los actuales canarios de sus ancestrales los *guanches*, que sólo usaban utensilios de piedra, en el siglo XV como en la

edad de las cavernas y las tribus de cazadores y pescadores. El hierro artístico se desconoce en Canarias. En Andalucía, por el contrario, ¿no se ha hecho siempre un puro adorno y una filigrana de la tosquedad de un lingote, lo mismo si era para convertirlo en una cruz, que en una cerradura ó la barra de un balcón?

Decididamente las Canarias no se hermana con Andalucía. Me presumo que mejor se ayuntan á América, con sus construcciones bajas, sus rúas rectas, sus persianas verdes, sus loros y sus monas en tal cual casa, su flora febril de tonalidad, su falta de historia, su carencia absoluta de monumentos y solares de alcurnia, su ignorancia de los oficios y las industrias clásicos. Aquello del gramófono, que se prefiere al piano, ¿no indica también americanismo? Y la traza criolla de las gentes, y su acento demasiado lánguido y musical, y su gusto y modo de vestirse con los jipis y el hilo y los zapatos blancos de allende el océano... Y el hábito que tienen de bautizarse en la pila de San Juan, con empingorotados y resonantes nombres de la antigüedad: Héctor, Aquiles, Andrómaca, Elena, Cayo, Horacio, Tulio... ¿Evocación y nostalgias de Grecia y Roma?

No, sino ansias é invocación á Buenos Aires, Habana y Méjico.

Iberia, madre común de tantas diversas tierras, á la hora de cautivarlas las inició en un mismo abecedario. En orden á viviendas construyó la andaluza, empobrecida, en la redondez de sus dominios... que ya se emanciparon y redimieron. Aquel que todavía permanece al cobijo español, más que á la Patria, ama á los libertos por natural afinidad de edades, tendencia, cultivo y origen. ¿No? ¿Pedís una prueba del americanismo en el archipiélago? Sabed, pues, cómo en un Casino ó Círculo de intelectuales, allá en Tenerife, se ha enarbola-do y ondeó á la brisa atlántica, una bandera nueva de las islas, y el estandarte no copiaba atributo patrio, mas en su lugar lucía unas argénteas y rútilas, unas representativas estrellas...

SIGLO XVI

Andando, andando por las islas al remate descubrí un trozo de España trasplantado, olvidado, mejor, en una hoya. Tropecé con un poblado de un color de yesca bajo las tejas musgosas, ralas brozas en las calles, replazas solitarias con árboles copudos, y á intervalos una torre morena cuya cima atravesaba la luz del cielo engarzándose como un zafiro en el hueco de las campanas. Así en Castilla la Vieja. Y como en la tierra parda menudos y pálidos trigales se extendían en las inmediaciones campesinas. Un lejano vetezuelo, el remusgo frío de las montañuelas del horizonte calofriaba y esclarecía á ráfagas unos desmeдрados planteles. El viajero se asombra de que no surquen la inmensidad azul unas cigüeñas, con sus patas péndulas y las alas dibujando un capricho japonés.

Aquel pedazo de Segovia ó de Avila, se llama la Laguna, y está en el lecho seco de varias que habrá no pocos siglos inundaban el hoy verdecidó valle. Quiso Naturaleza que en medio de la dulcedumbre y la ardentía solar de toda la isla, el hondón siempre se encontrara frío, casi helado; no de otra manera cruza el sediento arenal la molla gruesa de una corriente de agua. Como cuando en invierno erraba vagabundo por la segoviana plazuela de Conde de Cheste, seguido de un galgo, hollé hierbas de la humedad, me detuve ante misteriosas puertas cerradas, con telarañas en los badajos y que despedían un rancio olor, sufrí una lluvia fina y melancólica, y vi esfumarse y desmelenarse en las apartadas cumbres un esponjoso nubasco gris. También sonaban unas esquilas en la población. Me estremeció una desapacible frescor. Pasaron unas abuelas enlutadas y que llevaban cruzadas en el regazo sus manos céreas ó esqueléticas.

¡Nostalgia de nostalgias! A la salida de la ciudad discurrís por un ancho y llano caminal que en las tardes buenas sombrean en elevadísima nave gótica, los desollados y renegridos eucaliptus; sus descarnadas ramas flotan y el

aire las enreda como los cabellos de Ofelia en el riachuelo. Grata y ensimismada avenida con un aroma sutil, para el ensueño de los tristes y los ambiciosos. Mudo, blando y abrigado andén que prefieren los clérigos de la arcaica hoya. Lírica arboleda que solloza en el sepulcro del lago y de la ciudad esplendorosa de los antiguos españoles, dos veces enterramiento...

¿Acaso por su condición de camposanto, el señor obispo, un ancianito temblón y risueño, la escogió entre las demás poblaciones isleñas para refugio suyo y floresta de sus deliquios? En verdad añade semejanza de la Laguna á Castilla, el caserón sacro con su balconada ventruda, el alero de recias vigas, el patio verdegueante, y tras los vidrios unas desteñidas cortinas carmesí. Por las desiertas rúas marchan capellanes de canalón é inflado manteo, al abrigo de los paraguas. Y de cuando en cuando plañen unas campanas bronceas, tintinean unas argentinas, según que las rueda un jayán de sacristía ó que juguetea con ellas el bonancible y sonrosado demandadero de unas monjas. Las monjas tienen una tartana minúscula y que arrastra un caballuco con el pelo

á flocos; trashumante despensa de sus orzas de miel y sus confituras por las que los golosos se relamen como los gatos. Papa chico de este feudo de la religión, el ancianito mitrado con sus brazos trémulos y débiles bendice los curas y los canónigos, bendice los peroles dulces que le ofrendan las madres, bendice, eternamente bendice... Como el de Cristo su reino no debe ser del mundo, y Su Ilustrísima sonríe y no mira aquella tierra muerta, muy muerta, en la que, como en los cadáveres la cabellera, crece un glauco trigal.

Fué la Laguna fosa de sus língas que sorbió. Después sepultó la ciudad que construyeron los capitanes gallegos de la conquista. En el día no resta nada más que la envoltura, al modo que el calcáreo caparazón de las alimañas antediluvianas en los Museos. Por allí apareció en tiempos la vida, grácil y próspera, como boticellesca hada de la primavera que cubre de margaritas el yermo y llena de risas y canciones el espacio. Cuajó el divino afán y el entusiasmo que despertara en las muchedumbres de entonces, en las doradas piedras del colegio italianesco con su hospedería antaño, Instituto provincial hoy, armoniosa dádiva del

Renacimiento al archipiélagó, joya de peña labrada como por orfebres, cámaras pensativas y serenas, claustro en que se aduerme la luna, jardín ameno con unos arriates que copian las encendidas rosas del Tiziano, sobre el mismo fondo de obscura hojarasca que tanto admiraba el gran pintor amigo de Carlos V, rey y emperante.

La vida ha muerto. Arrebataron á la Laguna la capitalidad y gobierno de las islas. Los mercaderes con sus talcos pululan en Santa Cruz, donde los divisen y codicien los fastuosos navíos hiperbóreos. Del pasado áureo no persiste el cuadro de un insigne pincel, una estatua, un libro. Los soldados de Fernández de Lugo sólo eran soldados: sucumbieron á su hora, y sin obradores y estudios, ya sin alma la ciudad íbase acabando, hasta que se momificó en parte y en parte se petrificó.

El señor obispo y sus clérigos hormiguan en el vacío caracol. Dícese que ocultas en las ventanas de cuarterones, hay unas doncellas hermosas, con mejillas de nácar; el curioso visitante no las sorprende asomadas un momento, ni escuchó que cantasen acompañando su labor de aguja, ni le suspendió el ánimo y

esclavizó la voluntad, acordada música de sus salterios de princesas caídas en un encantamiento. Apagan los rumores de la tierra fenecida esas incansables campanas de las iglesias, unas broncas, otras argentinas, llamando á los viejos, rezagados y sonambulescos fantasmas del ayer...

Y esto habla de Hispania en aquel famoso dominio suyo: un cementerio.

CORREO DE ESPAÑA

Así, despegada, crudamente dicen los isleños correo de España, al vapor que cada diez días comunica el archipiélago con la península. Lo mismo se señalarían los correos de Francia, Alemania, Inglaterra. ¿Por qué no nombrar más propiamente esos barcos de Pinillos ó Comillas, correo de la península, de la patria? Nadie los llama de tal manera, ni aun nosotros los peninsulares, porque en alas de la añoranza, la frase «correo español», que tantos en Canarias pronuncian con frialdad, significa á nuestros oídos el más amable y celestial de los advenimientos.

El semáforo, combinando sus esferas y sus lencezuelos, anuncia la proximidad del buque. Allá sale á recibirlo una gabarra que desembarcará los sacos y envoltorios de la correspondencia. Momentos después comienzan á re-

clamar sus apartados los ordenanzas de los cuarteles, del Banco de España, oficinas particulares, Gobierno Civil... Todos solicitan el periódico, el libro, la carta amistosa. Por un breve tiempo se rompe el hechizo de vivir aislados, en la soledad menos humana. Correo español representa poseer los diarios de Madrid, la última comedia estrenada que pedisteis una quincena antes, cualquiera menester ó utensilio que no se hallaba en las islas y hubo que encargarlo á la villa y corte, el plieguecito amoroso, los retazos de un discurso político que os envía un leal...

La colonia nuestra acude y entra á la rebatiña en la bodega de los bienvenidos vapores. Y para el archipiélago ¿trae un latido, un saludo, un presente, el correo de España?

Nunca jamás: él no lo busca, no se lo da tampoco la madre patria. Entristece la indiferencia de los isleños y el descuido proverbial en nosotros. De ahí resulta que se desconoce España; ¿y cómo amar sin previo trato y estimación de bellezas y virtudes?

En caso peregrino los correos conducen á los muelles canarios una legión de famélicos y lobunos comediantes de la legua, las entecas y

sombrias cuadrillas de unos toreros novicios y las cuerdas de los deportados, comúnmente anarquistas de Barcelona. A Don Alfonso XIII cabe el honor del primero de los reyes en visitar las Afortunadas. Hasta que lloramos las colonias, España elegía sus funcionarios de las islas entre la picaresca y el hampa de levita, los arruinados, los matachines, los rapaces, gerifaltes de la voracidad que asaltaban los nidos sin dejar con cría y huevos ni uno; y encrespaba su ruta una estela de odios por sus villanías y sus continuadas majezas. Luego han mejorado, y muy distinta y selecta hornada dedica el Estado español á su lejana provincia. Pero ya se injertó y fructificó en los isleños la desconfianza, el prejuicio, cierta solapada é íntima rivalidad. ¿Y cómo extrañarnos, si una eminente autoridad militar fué destinada no ha mucho á regir aquel país, y cuando se le presentaban los oficiales preguntábles en un tonillo de hombre enterado, si demandaron su puesto en Canarias, con mayor retribución y fuera de la garra de usureros y comerciantes, á causa de tener deudas, conflictos y peligros en la península?

Se cree que España no adelantó y que no

logra regenerarse y, sacudir las desgracias y resolver las quiebras del año noventa y ocho. No se teme de nosotros, se nos considera agotados, exprimidos, caducos. Y en inhumano contraste, frente á la decadencia aceptada sin observación ni análisis, sin un rescoldo de afecto, la poderosa y engreída Inglaterra, metrópoli del orbe, ostenta por las islas su ufanía de sentirse gigante, su regocijo, su seguridad de la salud, y cascabelea con las monedas de oro...

Los correos se suceden macizando su concavidad con los cables que tienden los peninsulares á la patria. Los isleños ignoran nuestros profesores jóvenes, los artistas nuevos, la ciencia que balbucea, la pujanza y floración de aldeas y ciudades; el desenterramiento de las industrias gloriosas, el orto de los ideales. En literatura, pongo por ejemplo familiar á mi estudio, no recorrieron más de Echegaray, Palacio Valdés y Galdós, si se exceptúa un ramal de la novela que se cultiva ahora con enorme é impúdico éxito. Recordaré que en la biblioteca del Casino de Santa Cruz, espuma de la capital, no sospechábanse siquiera los méritos de Benavente, Baroja, Azorín, Rubén Darío,

Juan R. Jiménez, Maragall, Marquina, Unamuno, Machado, Mesa, Díez-Canedo... En cambio no faltaban la obra de Felipe Trigo, y sus imitaciones. Y gracias á las calenturientas mañas de estos agradadores y placenteros, aparece España, la de las azucenas de Santa Teresa y las rosas de Garcilaso, como un maldonado pueblo que entonteció el mazazo de sus martirios y desventuras; y apagada la lámpara de su espiritualidad, y olvidado el ritmo de sus clásicas elegancias, y empobrecido el idioma, persiste exclusivamente la carne que va embruteciendo una lujuria senil...

Recábase de los correos un lugar, por humilde que sea, en que viaje y se muestre á las multitudes algo así como otra extensión universitaria.

VAPOR PARA ESPAÑA

Se extinguieron el amor, el respeto y la admiración de Canarias á la península. El isleño no siente nada ante el nombre éste de Iberia. Demasiado sincero, no oculta su indiferencia, y si no es que se relacionan con las islas, los problemas y asuntos nacionales discútelos como si se tratase de la política china.

En cualquiera de sus dársenas hay un vapor que se prepara á zarpar con rumbo á España. Puede asegurarse que conduce las respuestas de los peninsulares al postrero correo, y las preguntas de esos mismos peninsulares que deberá contestar el correo próximo. ¿No embarcan isleños para la patria grande? Sí, una comisión de políticos menudos, tal cual estudiante de carreras que directamente ayuda y engrandece el Estado, los codiciosos de un empleo, algún turista. Viene á la península quien busca

su sombra y protección sin condiciones, un refugio en las covachuelas que no le deje desamparado en la ciudad comercial. Los escasos, mas célebres artistas que nacieron en las islas, siempre generosos de su desinterés, también peregrinan hacia España; pero no vuelven, al contrario que los politicuelos y los burócratas. Ahí está el caso de Galdós, y el de Guimerá, aquél definidor de madrileñismo, éste patriarca de los catalanes. Repite el ejemplo Nicolás Estévez.

Canarias, en su pobreza, es un país mercantil y labrador. Sus juventudes se dedican en masa á mercadear ó cuidan los plátanos y la caña dulce. Forman una especie de senado ideal los viejos comerciantes y los encanecidos agricultores. No son ni el alma ni el músculo del archipiélago, unos oficinistas, unos abogados, unos militares, un puñado de doctores é ingenieros.

Pues bien, ni los comerciantes ni los labradores se embarcan para España. Desaparecieron el amor, el respeto, la admiración. Cuando le alicia el deseo de aprender ó lucrarse al isleño, extiende á su vista el mapa universal y lo examina como un teclado: nuestra tecla

siempre falla. La voz de la sangre no ha clamado desde sus entrañas. Dei romanticismo del sacrificio se mofará. La historia no le importa. Ni siquiera sueña un porvenir, sino un presente cargado de riquezas como la cornucopia de la abundancia.

Y los agricultores parten en bandas á la zafra de Cuba; se internan en América. Y los comerciantes se orientan en Inglaterra y Alemania. Acaso su adolescencia transcurrió en un colegio sajón, y allí han florecido los almendros de su primer amorío, y se ha constituido y cuajado su espíritu, y allá anhela tornar en los ataques de sentimentalismo y morriña. ¿Qué mercado puede abrirles España, tan sin dineros? España queda como una ruina pintoresca para los *kodacs* de los ingleses. Todo en himno á los ingleses. Los isleños remojados en el Canal de la Mancha, se convierten en voceros de la opulencia británica. En opuestas legiones arriban los labriegos con su maravilla que relatar, nautas cantores de los trópicos. ¿Quién referirá cosas de España, *Hispania máter*?

Así la lluvia comienza en unas gruesas gotas ensanchadas, y en seguida se espesa y termina en un diluvio. Así las solitarias fuentecicas

de las cumbres, con sus chorruelos que se van filtrando y que se llaman con sus cristalinos rumores, al fin se juntan y surge de un remanso un río constante, impetuoso, arrollador. Y la roqueña oquedad se llenó de agua, y por los ayer secos surcos se precipita la corriente, y aquella muralla de unos peñascos que se sostenían en un difícil cuanto airoso equilibrio, sucumbe al coraje de la riada, y la riada, asolando, destruyendo, crece en su furor, y no reposa hasta que se vuelca y rinde en el inmenso y maternal regazo de los mares...

Ya entendéis la parábola.

LA JACA TORDA

Quisiera contaros por qué divertida cuanto terrible rivalidad, entrambas juventudes, la peninsular y la isleña, se odian y, hasta en ocasiones batallan á tiros por las calles.

Cuestión de faldas. ¿Recordáis el vaticinio de mi boda, allá en Cádiz? Yo no me he casado. Pero el bueno del parlador aquél no se engañaba asegurando que matrimonian en el archipiélago muchos galanes peninsulares; y es natural, pues si nuestro temple enamoradizo y la cálida belleza de la mujer canaria favorecen los noviazgos, un monótono y árido vivir, por recurso nos conduce en derechura al amartelamiento, y sin tentaciones alrededor, pronto se recorre el camino de la vicaría. Además, las mayores y medianas herederas no parece sino que están reservadas á los peninsulares.

Sería curiosa una lista de los grandes contribuyentes, y al lado sus yernos. No ofenderé, ni siquiera he de insinuar una tenue duda, sobre que influya el dinero en las bodas. Acaece que la doncella rica luce y se engalana con un llamativo lujo, ameniza el paseo, asiste, si le hay, al teatro y resplandece en una platea, baila en las fiestas del Casino, acaso en la lírica hora del atardecer ofrece en el mar la adorable visión de una batelera en una nao como un cisne. En la familiaridad y abandono, una doncella acaudalada sabe mostrarse espiritual, culta, música, narra de sus viajes. ¿Quién no se explicará que esos gavilanes metamorfoseados en cadete uno, otro en alférez de navío con su gorra blanca y su señoril levita, un tercero en un *gentleman* de frac, se apresuren á formar la lista paralela á la de los contribuyentes? En la de arriba simulan la gruesa y nudosa cadena de oro del indiano, los prestigios bancarios, los apellidos vencedores y sonoros del archipiélago. El sutil hilo áureo que cruzaba la ropilla de los caballeros hidalgos en la España de ayer, evoca la de abajo, toda gentileza y gallardía y arrogantes artificios aprendidos en el rancio y linajudo solar. Ad-

mirable fusión de razas, confluencia engrandecedora y fecunda...

Se comprende en seguida y á las claras el embelesamiento por una heredera; ¿cómo justificar también que siempre salgan elegidos de las herederas los meritorios peninsulares? El teniente de Toledo, el guardia marina de Cartagena, el novel ingeniero de Madrid, ¿con qué magia lograron y pescaron el corazón y la mano de las novias ricas?

No creo yo que el alma femenina sueña constantemente en el enamorado que la adora sin conocerla, y que ha de venir de muy lejos á encontrarla y rendírsele. Tampoco será la ventajosa proporción y corpulencia en la figura, puesto que los varones canarios suelen alcanzar una estatura prócer, hablan cantando, miran que acarician y sus cabellos se esparcen en libres rizos. Todavía menos deberá atribuirse al espejuelo de un jornal; ¿qué inquietan y desazonan á una heredera los metales monedados? Por último, ¿existe alguien capaz de figurarse que se encumbra y distingue á la juventud peninsular por tributario españolismo, en donde tan desprestigiados y caídos andamos?

Entiendan los isleños cómo la culpa es suya. No se lamenten y encolericen á causa de su postergación: entérense de cómo ellos mismos levantan el trono á sus enemigos. ¿No? Pruebe uno á pelar la pava con bizarria, arranque, altivez, cierta petulancia y menos apoltronamiento y pereza. Ya dije que en Canarias no se adoptó la reja, y la substituyen unas ventanas de varios cuarterones. Allí está la dama. De codos en el alféizar, poetiza, imagina novelas, huele una rosa, traduce el sentido de las nubes, alimenta con bellas mentiras su soledad. La mujer canaria, morena, ojinegra, ardiente, mórbida y apasionada, flor solar, persigue la violencia de los amores románticos, sedúcenla el valor, el peligro, los discursos que embriagan, la audacia, el ingenio, el chiste: mujer al fin, y meridional, casi sevillana, casi cubanita. Vosotros, infelices isleños, ¿qué inventáis que las sugestione, qué hacéis para adivinar su pensamiento y turbarlo? ¿Fuisteis majos alguna vez? El novio llega, da las buenas noches, enciende un cigarro; luego, ¡manes de Don Juan!, pide... ¿un beso? No. ¿El abanico ó el pañuelo? No. ¿Un caprichillo de las pupilas moras? No. ¡Pide una silla! Y la

dama asoma su brazo desnudo, no para que lo mordisqueen ó que ilumine con su blancor las sombras; sostiene una silla, el trovador la coge, la acomoda en la acera, y se sienta y repantiga como un canónigo gotoso...

¿Comprendéis ahora la inclinación de esa mujer que se llama Andrómaca, mas que oculta en el pecho á Carmen, por el peninsular, que copió á los jardineros del Alcázar la habilidad en componer ramos de claveles y alhelies? El peninsular lleva el rumbo, los coloquios íntimos con murmurio de agua reidora, el piropo, el juramento agitanado, los desplantes, las deliciosas arbitrariedades, los celos, las coplas, una voz que se enronquece en el palique de si-seos; las peticiones desesperadas y agónicas, nervosismos, fustazos, rabotadas, la súplica de rodillas, el mimo pueril; y lo que vale más y estima la hembra de ámbar y sangre de vino de granada, el mozo peninsular se yergue ante la ventana, pégase al muro, no se mueve por que no se asuste el amor, y permanece en su esbeltez hasta el alba, y entonces á la luz nueva se divisa que ensanchan su cetrino rostro las cárdenas ojeras de una combatida vigilia. Y la novia cree en la pasión...

¿No os convenceréis, amigos isleños, de que, fatalmente, nuestras mujeres, de doncellas suspiran y seguirán suspirando por cabalgar como Doña Leonor en aquella famosa y nacional *jaca torda* del *Don Alvaro ó la fuerza del Sino*? ¡Oh, cuando el satánico inca prepara la fuga y declama lleno de elocuencia!

«Angel consolador del alma mía...!
¿Van ya los santos cielos
á dar corona eterna á mis desvelos?
Me ahoga la alegría...

.....
¿Por qué tiempo perder...? La jaca torda
la que, cual dices tú, los campos borda,
la que tanto te agrada
por su obediencia y brío,
para ti está, mi dueño, enjaezada;
para Curra el overo.
Para mí el alazán gallardo y fiero.
¡Oh, loco estoy de amor y de alegría!

CANCION

«¿Diez meses sin divisar una mantilla madrileña, ni una palidez valenciana, ni un solo pie andaluz?»—Figaro.—«Carta á un su amigo residente en París.»

Por una demasiada ingenuidad pensaba este pobre é inexperto español que os habla, que no se podía sentir nostalgia de los países solares más que en las tierras de bruma, y sobre todo que sin salir de la patria era absurdo echarla de menos.

Pues no ; últimamente y así que hube agotado las pláticas y los entretenimientos que inventaba con mis amigos, y no placiéndome volcar y rebotar los dados en las mesas del café, ni dormir á deshora, se me apoderó la murria, y la voluntad se me iba tras los barcos fugitivos. Una misión administrativa me retenía en el archipiélago. Esa misma misión me llevaba á diario al Gobierno Civil, y por ahí despuntó

la desolada añoranza. Soy, como la mayoría de los iberos, un familiar de las oficinas públicas de archivos, diputaciones, audiencias, universidades. La retina, y desde luego el ánimo, se me acostumbraron á los armarios almagrados y de celosías, á los sillones de una tapicería verde, á las esteras de junco, al brasero en que se enrosca un gato, al retrato de los reyes empalideciendo en una cartulina que amarillea, á cierto olorcillo rancio, á una luz de un oro bermejino, pátina que toma el sol en las arcaicas habitaciones. En una antigua mesa castellana escribe un hombre con gafas y mangotes, y tal vez aguardaréis á que termine de extender un oficio, sentados en un diván que tiene una sarta de clavos dorados, ya con abolladuras, junto á un clérigo que empuña un rollo de papeles á la manera clásica, sin plegarlos, y que trasciende á rapé. En tales cisternas de la vida nacional hay un descanso y un tradicionalismo aristocráticos, no entró el tumulto de la calle, el tiempo se destila gota á gota, con una arrulladora somnolencia...

Sea la reverberación del océano, ó porque las agrias paredes de los edificios no le entonan, ó en fin que Natura esclarece y argentea el sol

en aquellas latitudes, bufete tan característico y de raza como el despacho del gobernador, no era nunca bañado por la lumbre oro viejo y de onzas que todos los demás. No poco debía contribuir que no se aderezó la cámara con los muebles esos almagrados y verdosos, dos colores más españolistas aún que el rojo y el amarillo. La legendaria moda en la península es que los estrados de los políticos, crisol de enredos, red de incautos y alambique, se decore con una gravedad sacra, escenas bíblicas, failes fundadores, austeras pinturas del siglo de oro. En cambio, la colección de tapices más risueña y madrigalesca, trasunto de Versalles, juegos de la gallina ciega en los jardines, amorcillos desnudos y palomos de pico rosado, conservala profanamente la sacristia de una famosa catedral. No se olvide que Goya pintó la maja desnuda por solicitud de un cura del Pardo, y que don José Canalejas labora en su estudio bajo la mirada dulce de un San Francisco de Asís... ¿Una paradoja más en el huerto de las paradojas? No, sino la necesidad de complemento.

En el Gobierno de Canarias no atraviesa el fondo de la cámara una dilatada faja de sol,

danza del polvo. La excesiva palidez donde yo suponía un cálido amodorramiento de la paleta, produce la desoladora impresión de un caldo que no colorea el azafrán. Y así como el espíritu no vierte y entrega sus confidencias cuando no le está preparado un lecho amoroso en los oídos amables del amigo, tampoco en aquel bufete de Gobierno civil yo me encontraba con la familiaridad que en un Gobierno civil hispano. Y comencé á echar de menos la cimentada y enraizada tierra de Iberia. La falta de historia que se observa y duele en la plaza y en el callizo canarios ¡cuánto notábase allí, en el rincón insulso, sin pátina, sin estilo, sin alma!

Al aire libre, otras ausencias y olvidos me herían, y acuciábame el deseo de volver á la península. El americanismo, la transformación del archipiélago en una finca inglesa, aquello de correo de España y vapor para España, el atavío de las gentes, oír charlar en las cervecerías tanto de Londres, Hamburgo ó Buenos Aires, mil sutilidades y minucias, me colocaban en la escabrosa y peregrina situación de un extranjero en país propio. La bandera grana y gualda formaba sin preeminencias en la línea

de un concurso internacional de flámulas y estandartes. Me atacó un mal raro; en España la añoranza de España, enfermedad delicadísima y que no se percibe con los espejuelos del doctor; significado de entre líneas ó los puntos suspensivos. Ello es que al escuchar los domingos á la tropa, que con el son alegre de un paso doble de Chueca, se dirigía á la misa, me enternecía como un viejo que recuerda vagarosas lejanías felices.

Y en esto...

Nunca se me borrará de la memoria el vapor, que lanzando un chorrizo de humo poco menos que sólido, aureolado de espumas albas y con la sirena gimiente, apareció una tarde en el puerto de Santa Cruz. Portaba el monstruo á los desterrados un latido generoso, y á causa de su arribo é inmediata partida, el día aquél despediríase sentimentalmente agitando en los arreboles del crepúsculo unos pañuelos. Porque en el soberbio buque viajaban dos españolas, dos damiselas españolitas.

Eran dos noveles actrices, que son Rafaela Abadía y Teodora Moreno. La *Nell* y la *Dolly* del *Abuelo* que agiganta Enrique Borrás. Se dirigían á la Argentina. Ahora ya regresarán

pronto; unos, aliñados en rústico, cestos de flores y frutas les ofreció Tenerife, y tornan encorvadas en su terneza por la pesadumbre de hojosos laureles, guirnalda adquirida en compensación á las rosas de ideales con que Teodora y Rafaela coronan la multitud.

Morenucha Teodora, fina, perfilada, elástica, su talle se va á quebrar, los dientes lumínicos; las pupilas negras, engarzadas en plata, constituyen una diablesca criatura aparte en su rostro tan salado. Rafaela, toda nacarada y suave, resbaladiza en las líneas, los ojos añiñados, sereno el andar, las manos «mitad cordero, mitad paloma» y tibias, la voz una tonada de pífano, amasada la cabellera, y la suprema hermosura de las mujeres blancas, una garganta graciosa y mórbida, pasta de nardos. *Nell* y *Dolly*. ¿No son nombres de teatro y teatro español, Teodora y Rafaela? Acaso no los confita la mimosidad de los acostumbrados y tiples nombres femeninos; pero ¿dónde uno más amplio y que signifique emancipación como esos varoniles aplicados á la mujer? ¿No ha de romper la actriz las lindes de ángel del hogar, primero cándida doncella, á seguida madre y esposa que busca un refu-

gio en lo opaco, por fin abuela sin pasado y con alifafes de que se ríen los nietos? Más que las demás mujeres, la comedianta deberá armonizar como el olivo la fortaleza y la finura, el tronco sobrio y duro, la fronda empolvada y prolija, con filigranas de joyel; y en sus venas el ambarino óleo que codiciosos sorbemos y que alumbra los altares.

En la compañía de la insigne Carmen Cobena, Rafaela y Teodora se llamaban «las chicas». Una vez, precisamente en una representación del *Abuelo*, varios desocupados contertulios del saloncillo tramamos la chanza de desfilas en el último acto, figurando los devotos que asisten al sermón. Nos caricaturizamos un poco, y con una tremenda coquetería, subimos para que nos admiraran al «cuarto de las chicas». Conservo como el recuerdo de un perfume, un perfume ó un recuerdo profundo y puro, del camerino rosáceo que evocaba la sala de un convento de aristocráticas colegialas. Envueltas en unos mantos niveos y con las mejillas encendidas y sus labios borboteando alborozo, colegialas semejaban Teodora y Rafaela y unas cuantas muchachas más. No parecía cosa de teatro; es decir, sí, parecía cuando la vida

sonríe en una visión de poético y espiritual teatro de ensueño. ¡Qué grotescos y ridículos no juzgué entonces á mis compañeros de humorada, y qué rubor me dió de mí mismo!

Rafaela y Teodora encaminábanse á Buenos Aires. Jamás habían navegado las inocentes. Se mareaban, temían las olas, Teodora no tanto. Extrañaban la cocina del vapor, italiano, y hallaban chistoso que en el idioma de las óperas, la manteca se denominase «burro». Venían tristes de no oír hablar español, únicos españoles que á bordo eran. La felicidad de encontrarnos se traducía en un loquesco alboroto, en recitar coplas, en inspirados y sabrosos disparates: nada fijo y concreto, una excelsa vacuidad en una hora fuera del tiempo y del espacio.

Un largo y simple abrigo ceñía y modelaba la tanagrina estatuilla de Teodora, el armonioso cuerpo de Rafaela. Flotantes velos revolaban en torno á sus gorras rembrandtianas. En el pecho pusiéronse unas violetas. Brindamos en los cafés, recorrimos la ciudad. A la algazara nuestra giraban los cuarterones de las ventanas tinerfeñas y asomábanse testas curiosas de contemplarnos. Anocheció. Convocaba la sirena del barco. Fuimos á los mue-

lles. La falúa. Un brinco. La mar estaba revuelta, voluntariosa. El oleaje nos salpicó la cara y los vestidos. Rafaela y Teodora lanzaban agudos chillidos de golondrina, abrían la boca, cerraban los ojos...

Se marchó el vapor como una nube, encapuzado de hollín, y con un collar de argétea espuma. Yo me quedé igual que ebrio, desvanecido, frenéticamente exaltado y sin noción de nada.

Al cabo de unos meses de no sentir una risa y el picoteo de unos zapatos madrileños, he aquí que llegaban de repente Rafaela y Teodora, y de repente escapábanse...

¡Patria mía...!

LA
INFLUENCIA INGLESA

ENGLISH SPOKEN

Apenas hay en Canarias un letrado que no se lea en castellano y en inglés, si no lo pintaron en inglés solamente, y casi no existe muro sin rótulo; parece un tatuaje. Esas dos palabras que los peluqueros popularizan en la redondez de la tierra, *English spoken*, en las islas nos detienen ante todos los escaparates, suspensas en medio de un magnífico cristal.

Era para creer que también usurparon los anglosajones las menudas industrias. Pero no: se contentan con el comercio grande y poderoso. En Canarias, los indígenas fabrican los tabacos. Los españoles peninsulares, ¿cómo no?, despachan en las covachuelas, las oficinas. Unos franceses y unas francesas en amplios umbráculos, entre plantas, en la diáfana obscuridad de los toldos corridos, muestran en señuelo de alondra lo que ya llamamos el alma

encantadora de París, el abanico, un perfume, un bastón, una estatuilla, el cuaderno de literatura de piano, las siemprevivas de gasa, rojas, en un centro de plata con musgo de virutas. El bárbaro hiperbóreo, los alemanes, lentos con su cuello de toro, imitan el bazar galo, sin que consigan su ágil y frívola elegancia tan espiritual, su continencia aristocrática de vitrina con reliquias profanas. También los norteamericanos reprodujeron en sus medidas la Giralda, tan guapa, y no lograron que la torre yanqui se ría igual que la novia del río Guadalquivir. La instalación parisiense constituye el refugio del *dandy* caído en una provincia, y la nonada que demanda recíbela como una flor de unas blancas manos ensortijadas con lanzaderas. En el *bric á brac* de los teutones se apertrecha el barco que toca en el archipiélago, se municiona; fuerza acariciar con el plumero cuanto nos exhiben, y no huele el despacho, lo contrario de los franceses, á estufa, á invernadero, á *hall*. Su concesión única se encierra en el *English spoken...* Mas la vena y la pompa mercantiles, en las islas Afortunadas, no las ganaron los europeos: aquellos hombres de ojos mitad de rana, mitad de tigre, con aspecto palúdico,

que envía la India remota y legendaria, por encima de la muchedumbre de mercaderes reinan con un cetro de bambú. Por de contado, arman, improvisan bazares, enciclopédicos como diccionarios. Nunca el virtuosismo de una especialidad, en el temor á la humilde vida de provincia y en el ansia de acaparar al turista de las múltiples exigencias y caprichos. Ya lo dije; trafican con lo pintoresco, exportan al Asia de las pagodas y los elefantes. Ellos son quien se anuncia en inglés á secas; ¿qué interesará una superflua nota de color á la paleta de España, varia y rica desde el asfalto de los clérigos al chafarrinón de los toreros? Ruinosa competencia la de España. *English spoken, english spoken, english spoken*. Los blondos viajeros adquieren con las libras tales exóticas curiosidades, que en el archipiélago les cantan el himno de su poderío universal, y allá en sus nieblas despertarán un brillo moro: dos pájaros de un buen disparo de su rifle.

¿Tantos ingleses visitan las Canarias? Muchos. Van y se quedan. No piensan en admirar catedrales góticas, castillos feudales, la Alhambra, las ruinas de un monasterio, tipos, tradiciones y costumbres. Aparte que no en-

contrarían, como sabéis, la historia en las islas, se olvidaron el Baedeker. Anhelan borrar, ahuyentar, redimirse; buscan el idilio de su carne, tan estimulada y limpia, entre los silenciosos surtidores de los plátanos y unas palmeras, y en la planicie del Océano, cuyas ondas se enroscan en gigantescas caracolas, con su rumor, bajo el cielo azul, izado pabellón del sol rey...

SALUD DEL CUERPO Y DEL ALMA

La colonia británica saborea el idilio de la ingenuidad y el abandono espiritual en su carne tan limpia. ¡Qué humana y al par qué animal ufanía, la de sus viejos y niños! Los abuelos sajones, de color de rosa, con las barbas muy blancas, se peinan como si sus cabellos fuesen de seda, se atavían con diplomática pulcritud: con un casquete y sandalias, juegan al ajedrez ó platican con señoras de su edad, que se alisan en cocas el pelo, guarnecen sus bocamangas de randas, visten con un cucurucho negro, ostentan en sus afiladas manos el anillo de bodas; agrupan unos sillones de mimbre, en unos patios á la andaluza, llenos de plantas, flores y pájaros, y charlan en diálogos ordenados, cual los de un libro. A lo mejor, los abuelos cambian el casquete por un hongo gris y se

encaminan al puerto, á esperar los barcos, ó á leer comedias, sentados en los riscos. No son protegidos los viejos; ellos protegen...

Los niños, elásticos, prestos y saltarines como el caucho, tersos como la porcelana, con un Mayo en las mejillas, con los dientes de arroz y preciosas piedras azules en las pupilas, tan distantes de nuestros currutacos sietemesinos como de nuestros pequeños hércules y gordiflones; ¡cómo ríen con la mirada, brincan al andar, juegan los brazos y libran sus encrespados bucles al viento marino. ¡Y no se imaginaría un *bibelot* como los diminutos Sigfredos, y su gorra tamaña una cápsula de bellota, sus altas medias de relieves, su *jersey* claro, sobre el que palpita la flámula de un lazo de hombre...

¿Se acuerda de Ofelia, medita en la espléndida pista que el Océano, con su verdura, podría ofrecer para el Polo; no piensa en nada y deja que la brisa sacuda el halda flotante, la pamelita de amazona Reynolds? Cruza una *miss* espigada y esbelta, con el brazo remangado y el moño recogido en un tirabuzón hueco. Sonríe su perfil aguileño y suave. Por el arco de su calzado penetra una chispa de luz, como

una mirada. Es rubia. Un ramillete de hojas verdes triunfa en la ondulación de su pecho, en la albura del corpiño. Desprende la frescor y viveza de tonalidades de las fayenzas chinas, con aquel verde, con el amarillo aquél... Dos *gentlemen*, agarrados, con unos trajes velludos, unos zapatones, una gorra como una gran tortuga y la pipa poniendo un garabato en la rubicunda y rasurada faz, lanzando bocanadas de humo, rígidos y exactos, marchan á la zaga ; de pronto se vuelve ella, y el sol, que bañábala un costado, la ilumina de plano: agita el ventezuelo sus vestiduras con ímpetu, lucha la pabela por desasirse, bambolean las faldas y destacan las medias de la *miss*, negras con una filigrana de oro...

Por supuesto, que no faltan los acreditados excéntricos junto á los atletas y á las mujeres hermosas, como en la *troupe* de un circo. Ven-se siluetas dignas de desfilas por el *Pickwick* de Dickens. Ese obeso pastor protestante reventando su *redingot*; la *mistress* de rostro juanetudo, con gafas, *canotier*, un gabán, un paraguas, viñeta primera de un dibujo cómico ; los corresponsales de la Liga contra el sombrero, que van por la calle con el cráneo des-

nudo, y que preside un rechoncho señor calvo ; un borrachín de aguardiente, mas que no soporta sin náuseas la vaharada de su néctar, y bebe y bebe, tapándose las coloradas narices con los dedos ; un gimnasta ignorado, que interrumpe su ocioso flanear para esgrimir su bengala de hierro, y no le importan el terror ni las burlas de los involuntarios espectadores ; y un espiritado y sutil Hamlet de casaca y jipi, el cual por las noches se aventura y pierde en las tinieblas, mar adentro, y al remate permanece inmóvil algunas horas en la cresta de un risco, con una linterna en la faltriquera, de que escapa un resplandor íntimo y extraño como un gnomo...

EL

ENCANTO DE CANARIAS

La cosmópolis del Cairo, con sus tapadas en sus camellos, con sus princesas en sus automóviles, el río sacerdotal, los lotos y las golondrinas, las golondrinas que no invernan en Canarias, maravilla y seduce. La costa *d'azur* que tiene las cocotas y la ópera, el *bacarrat* y los limoneros floridos, alimenta y encanta el ánimo nortefía con las amenidades latinas, graciosas y adorables en extremo, si, como acaece en Monte-Carlo, pretenden seguir con sus pies para la tarantelesca danza de punta y tacón, los sistemáticos y engranados zancajos septentrionales; así duplica su delicadeza y su feminidad la damisela con su levita varonil, sus botinas redondas y de recia suela, la corbata de nudo, el chambergo mejicano. En la propia península, ahí en Málaga la bella y en la bellísima Sevilla, ¿no sonríen la langui-

dez y el ámbar de la palma en que soñaba el pino de las nieves? En Argel y en Tánger pululan unas eternas carnestolendas, suenan músicas, ciega una estival policromía, faroles de verbena alumbran las noches sensuales...

Cana ías no guarda las tumbas de los Faraones, ni inspiraría á *Sem* sus caricaturescos cinematógrafos, ni huele á albahaca en la semana de las pasionarias, ni tañe la guzla, ni escucha la canturía del muecín en el revuelo de los murciélagos, al fulgor de la luna corva y afilada. El caserío terrero, la somnolencia de las horas, la charanga en la plaza, el paseo al malecón, el inevitable conocerse las gentes, las capotas de algunas señoritas, la abertura de la americana de los gomosos, los perros tendidos en las losas, las esquinas con los guardias de Orden público, que usan ros de carabinero; dan á la sislas el aspecto de una garbancera y aburrida ciudad de la Mancha. ¿Qué hallan los ingleses, amos de media creación por el acero, y de la otra media por el oro, en Canarias, que tantos las estiman y visitan como á los más famosos y acreditados paraísos terrenales? La sencillez. Los turistas se emborrachan con su *whisky*, libre y despreocupada-

mente; ¡si los vierais danzar en las calles, á lo mejor con un cesto en la cabeza substituyendo al frégoli! Los enfermos no tienen el peligro de ninguna corrosiva mundanalidad. Los formidables negociantes se enriquecen sin competencia por parte de los isleños, en un sosiego beato nunca interrumpido. Hallan los ingleses en Canarias una sencillez conmovedora...

LA]

INTERVENCION EUROPEA

Oid esto...

Los diferentes puertos del archipiélago se relacionan y comunican á fecha fija, y hay destinada á este servicio una flotilla que lleva el pabellón español y el inglés. Los barcos pertenecen á un armador británico, pero los contrató para sus necesidades y los subvenciona considerablemente la hacienda patria. Excusado advertir que la correspondencia se remite en tales vapores, que, por cierto, se llaman «correos interinsulares».

Habrá tres meses que España andaba reuelta con motivo de las elecciones de diputados. ¿Quién ignora lo travieso y feroz de esas luchas en provincias? En las Canarias occidentales se corrieron toros y cañas, y repásose la estrategia, desde sus primeros hasta

nuestros días. Por no escandalizar no reproduciré el lenguaje, ni contaré ninguno de los actos que suelen los isleños, según yo he comprobado, realizar en los apuros políticos gordos. Aquel que tenga curiosidad desempolva y lea la Prensa tinerfeña. Las Palmas pertenecen en despótico cacicato á D. Fernando León y Castillo, y allí nunca jamás riñen candidatos contrarios. Es en Tenerife donde las multitudes se acaloran, sublevan, llegan á amotinarse...

Acaeció que en una de las islas existía un cartero, que, según parece, se distinguía demasiado en el arte de la política; y juzgándolo el alcalde del rey peligroso á la buena marcha de su oficina tan delicada, que debe permanecer siempre en una fría neutralidad, lo amonestó, y como no se enmendara el funcionario referido, el alcalde lo suspendió de empleo y sueldo. Ratificó la suspensión el gobernador civil, y se comunicó el nombramiento del cartero sucesor á cuantos estas minucias interesan.

Escuchad, digo, ¡oh patriotas!

Arribó la gran semana de las urnas y luego el escrutinio. Toda era fiebre y agonía la exal-

tada Tenerife. Por entonces se descubría al amanecer el fantasma del cometa Halley: ¡cuántos politicastros y politiquitos, droguederos de la política que los llama Unamuno, y ellos pretenden figurar de químicos, velando las armas contemplaron la maravilla del cielo, contra su voluntad.

Y el hecho asombroso, terrible, de una enorme audacia. He aquí á la casa inglesa de los correos interinsulares tomando partido en uno de los combatientes. Y no se limitó á dejar una determinada papeleta en los pupitres de sus empleados. El jefe suyo, olvidando la abstinencia á que le obliga su condición de extranjero, y que en cuanto pensionado por el Estado español depende de sus autoridades, despreciativo y nada escrupuloso, envió un telegrama al capitán del barco que en el día de recoger las cartas tocaba en el pueblo del cartero suspendido. ¡Y el telegrama prohibía al capitán que aceptase papel ni paquete alguno del funcionario nuevo, sino que, por el contrario, había de admitir aquello que le presentara el que un alcalde del rey y un gobernador de España, usando de sus atribuciones, separaron del cargo! *¡All right!*

EN

UNA NOCHE DE VERANO

En una noche de verano me trasladé de Las Palmas á Santa Cruz, á bordo de un vaporcito de la «Mala Real Inglesa», el que llaman *Agadir*. Es una travesía corta; más de una vez, bajo el sol rojo de la tarde, la hicieron por juego y diversión, entre alegres gritos, unos ágiles balandristas. Los días claros, diáfanos, d'vísanse mutuamente esas islas que tanto se odian, y á través y en el confín de la dilatada transparencia son una nube rosácea y dulce, con miel en la cima.

Estaba el vapor todo iluminado, con gayas bombillas en las cuerdas. Las estrellas se espe-
saban y tenía el cielo una vaga entonación lechosa. En el mar, sobre su brillo negro, se enroscaban, laminábanse, se tejían y se deste-
jían, formaban enrejados, chispeaban y caían

como las gotas de las luces de Bengala los reflejos de arriba, de la tierra y de las embarcaciones. En los muelles tachonaban la obscuridad luengas ristras inmóviles de faroles verdes, rojos, azules, morados. Había un profundo silencio. Las panzas de los buques, hundándose y surgiendo en las aguas con un tranquilo compás de respiró, lanzaban un son de chapoteo. Por unos instantes se puso á ladrar un perro en un punto escondido...

Me condujo una falúa á la empinada escalera del *Agadir*. En lo alto se erguían las levitas con botones dorados de la oficialidad; su chaleco blanco destacaba con una nitidez ceremoniosa. Aparecía la toldilla lisa y seca como un andén de un *parterre*. Abiertas y exangües unas meridianas de lona aguardaban á los viajeros sentimentales y contemplativos de los luceros. Dos, tres pequeñas puertas recortaban un rectángulo de un naranjado fulgor, y adentro percibíanse en un burgués acomodo los divanes, las sillas, el bufete, plantas, unas mesas con periódicos y tableros de asalto y de ajedrez. Con su casaca guinda llena de áureos cordones, un criado andaba en el salón, terminando de ordenar los mue-

bles. Había cambiado el panorama: desde mi altura veíase la ciudad de Las Palmas á lo lejos, florecida de reverberos en líneas quebradizas, muy profusamente. El húmedo olor de la marina calaba mis carnes. El buque no se movía más que la fronda de un pino en las perezosas mañanas agosteñas. La voluptuosidad acudía como un deseo plácido de dormir... Y ni un pasajero en el lado aquél. De proto sentí una canción que entonaban á coro voces femeninas, las cuales recorrían los diferentes timbres que tienen los agujeros de una misma flauta. A lo mejor un acento masculino, también atiplado, reforzaba los finales. Cuando acabaron de cantar se oyeron risas y comentarios alegres. Escuché una segunda tonada. La fiesta debía de ser á la otra parte, en el *Agadir*. Crucé la toldilla. ¡Oh, hermosa visión! Quince, veinte muchachas, en su mayoría rubias y con esa cara angelical de las inglesas, peinadas en moños de torre y á la griega, con vaporosos y rutilantes trajes escotados, los brazos desnudos, en el pecho las joyas, y por los hombros un chal de gasas, un cuadriculado y pintoresco manto escocés, una bufanda de seda y raso; altas y escultóricas, con una

arrogancia aérea y principesca, inefable, las veinte muchachas cantaban mirando á unos papeles pautados que sostenían con sus manos sutiles. Un marco de hombres vestidos con el frac, asistían mudos y gozosos al cristalino regocijo de las mujeres. Recuerdo que en una de las trovas se simulaba que una obesa madama yanqui pretende subir en un dirigible y solicita ciertos consejos y advertencias de un famoso aviador. La proverbial ingenuidad humorística de los sajones se complacía en inventar y poner en boca de la matrona ridículos temores y más grotescas audacias, y el aviador contestaba como el propio Pero Grullo. Era una cantata que hacía pensar en las confituras amargas y tan bellas y puras en los colores, que se sirven á los postres de un *lunch* inglés. Repetía con constancia un estribillo pueril y juguetón. Inspiraba inocente alborozo.

Al par de esto, unos pocos pasos más allá, un indio con su coleta y sus haldas, hablando con una armonía criolla, desplegaba para la curiosidad de un nuevo grupo de encopetados pasajeros, sus fastuosos lienzos calados, encajes, kimonos, abanicos, los pañolones de chinos...

Los recios y gigantescos marineros de la «Mala Real», formaron un engranaje en la baranda, un cable al que se enroscaban sus dedos los unió, y animándose en un inarticulado idioma, y con un movimiento de rítmico avance y retroceso, principiaron á desenterrar el ancla. Bordoneaban y se estremecían las entrañas del *Agadir*. Los oficiales, desprovistos de sus levitas, que reemplazó la guerrera, iban y venían vigilando la maniobra. El coro de cantores abandonó las músicas y se puso de codos en la teca del barandal. Se marchó el indio en su eskuife, y semejaba un ladrón de un palacio de emperadores orientales; remaba junto á su botín. El buque giró sobre su eje, como una valla que entreabren. El humo ocultaba las estrellas en un campo más largo y más anchuroso cada vez. Recogieron también la escala los marineros. Ya andamos. ¡*Good night!*

Bien rápidamente nos hicimos á la mar, y á la hora no nos acompañaba más que el parpadeo de los astros. Las semidesnudas *misses* y los engolados *gentlemen* se retiraron á los camarotes, y de cuando en cuando llegaban á cubierta trozos de diálogos. Muy unidos los

cuerpos, las cabelleras mezclándoseles, los dos sin sombrero y ella con el chal abandonado en la espalda, unos amantes admiraban la noche de verano en un extremo del vapor, medio esfumados en las tinieblas. Aún casi no dejamos de ver las luminarias de Las Palmas, y despuntaban en el horizonte nuevo las de Santa Cruz, ¡cuán engañosas! En el apaisamiento de la construcción andaluza, los faroles arringlerábanse como guarneciendo escalinatas, collados que corona una quinta, pabellones en unos jardines... La fantasía y el corazón colaborando en un ardoroso romanticismo figurábanse un redivivo siglo XVI italiano, y la nao cargada de vihuelistas, y los acertijos entre tapices, y el quiosco de los jazmines y las rosas, y la alondra y el ruiseñor de los surcos y los granados de Verona, y ya en Verona, los Montescos y los Capuletos, y ya en los Montescos y los Capuletos, la escala de Romeo y la galería de Julieta...

Esos barcos de la «Mala Inglesa», en los cuales no viaja el leopardo y que en sus alacenas de libros repite las ediciones de los poemas que ideó Alfredo Tennyson; los barcos menudos y rientes que costean el Africa y en los

puertos cortan una rama de los limoneros; barcos donde el pasaje canta, los indios maravillan con sus fastuosidades que se creerían fabricadas cada una con un pavo real, y los novios se buscan en la sombra y se trasiegan su esencia; desde cuya toldilla un caserío ruin se convierte en jardines; florece en esos barcos de los que el aire marino arrebató perfumes, un cálido idilio meridional, una vida romanesca, exótica en cualquier latitud, imaginativa, pero que construyen elementos tangibles y corpóreos, un sueño... Acaso otro sueño de una noche de verano.

SHAKESPEARE

Es en un puerto de mar, ahora dormido en la quietud de un domingo. Es el puerto de una de estas islas que un volcán erigió en el Atlántico, y la isla, como una boya, como un faro, avisa y ampara á los navegantes.

Los innumerables y enormes buques que la vieja Europa envía á América y al Africa, se detienen en la isla. Acaso ninguno, entre tantos, termine su ruta al pie de las desnudas y negras montañas que hizo el volcán: pero todos reposan en la tranquila dársena de gruesa agua, una mañana, una noche, una tarde. Suelen los marinos, de cualquier latitud, solemnizar las fiestas con flámulas en el cordaje y desplegando su pabellón el mástil; bajo un cielo suavemente nublado, con fulgencias y tornasoles cobrizos, que cambia en plomo la esmeralda del mar y que trae una melancólica visión

extraña y norteña ; enmarcados por el roquizo espigón de los muelles, en tal punto mudos y solitarios, con las mercancías hacinadas y envueltas en bastas telas embreadas, muchos barcos ostentan sendos pendones distintos, que una plácida brisa apenas desenvuelve como desrizando un tirabuzón. Gobierna la bandera roja y gualda, pues en dominio español nos hallamos. Forman como una sinfonía el trapo rojo con sus aspas, de Inglaterra ; la triple barrera, de Alemania ; el haz de listas gayas en torno á las plateadas estrellas yanquis ; el juvenil airón francés que lleva el azul del cielo, la florida enseña italiana con su verde pálido como un recuerdo del color, y más y más, suecas, belgas, rusas, turcas y argentinas...

Los enormes buques, negros como el hierro, grises como el acero, repantigados en la mollá marina, con sus chimeneas inclinadas, de que escapa tal vez un liviano vellón de humo, se preparan á sus largas peregrinaciones. Dos ó tres remolcadores, raudos como ballestas, y seguidos de gabarras que se hunden hasta los bordes, discurren por entre las calles que los vapores improvisan como una Venecia de altos y lisos muros ; á lo mejor, en el sosiego, se

oye el rechinar de una grúa, que el murmurio del oleaje y el mismo silencio ambiente apagan; del inflado vientre de las barcazas salen á la luz bloques de carbón, barricas, informes fardos: el buque los atrapa con su antena, con un movimiento de trompa de elefante, y perfílanse en cubierta unas débiles siluetas de hombre que la distancia confunde con muñecos de esos que se ponen en los anemómetros y las veletas. Bandas de gaviotas revuelan indecisas en el vacío, y de pronto precipítanse como una granizada hacia el mar...

El paseante de los olvidados muelles se ha parado en firme, en su caminar como en sus cavilos. Acaba de leer el nombre de una embarcación: *Shakespeare*.

El nombre del poeta, en bronceínas letras de relieve, con cardenillo, retiene y emociona. No es ya que recordéis las lecturas que os revelaron todo, ni los teatros. Cierto que en la constelación de los divinos, á *Shakespeare* guarda el paseante un fervor religioso. Su memoria entenece y arranca una lírica y pura alegría que redime: en *Shakespeare* aprendimos el sentido de la naturaleza. En él está la vida que tan furiosamente amamos: un mundo ideal en

una realidad: nueva armonía de las esferas...

El paseante, quieto y embebecido, desde la orilla contempla el barco que un patrón idealista bautizó *Shakespeare*. No podía menos: tal penacho para un yelmo tal; ampara *Shakespeare* un bergantín arcaico, un brigbarca de los bravos tiempos piratescos, con su palo m̄esana que agujerea las nubes; los magníficos y orondos transatlánticos se llaman como el papa, el emperador, el rey, el príncipe, el político, el banquero, y también como los Estados poderosos ó las ciudades grandiosas: oponen un *Emperador Guillermo* á un *Argentina*, y un *León XIII* á un *Mafaldi*, y así al estilo. El bajel de los tres mástiles se llama como el poeta...

Viene el velero de los mares del Norte, tal vez de los fiordos noruegos, con un talado bosque por carga: ¿quién sabe si los abetos que cobijaron el idilio de los enamorados que vió Grieg mirarse y cruzar en silencio, en un silencio musical? El casco del *Shakespeare*, embadurnáronlo de un color plateado, ya con macas, y de un verde que fué moda en el año treinta. Forma á modo de un puente una balaustrada de columnas salomónicas, que reclamarían los bancos de las viejas sacristías: comparadlo con

el de un vapor, limpio y sobrio, guarnecido de salvavidas. Las escaleras del brigbarca espesan sus tramos, semejan raspas de pescados fabulosos, y trepan hacia unos renegridos y robustos mástiles, de los que caen amplios bullones de las recogidas velas. No deslumbran el fregoteado cobre ni las puertas carminosas y bruñidas de las cámaras. En la áspera cubierta con su pátina, las recias maromas se enroscan como dormidas serpientes, y aquí y allá garfios, argollas, trampas y barricas. Los botes de salvamento parecen las canoas de los salvajes. Un ancla pende en lo alto, rojiza del orín, simple silueta de cruz, legendario inválido que sueña con fundirse en las aguas. ¿No descubriremos aún un cañoncito, la boca de fuego que en los relatos antiguos cumplía providencial misión frente al abordaje de los piratas? El perro grotesco y sentimental no falta, ni el marino de la pata de palo que juega con el can, allá en la proa. La proa enhiesta un atrapado aguijón con unos ramales deshilachados, y afuera ofrece al mar su típico mascarón: una tosca estatua de *Shakespeare*, blanca y barnizada, y que representa al poeta con su calva y sus lacias melenas, su cuello valona y su barba puntiagu-

da, envuelto en una capa de que salen los brazos y apostrofan el Océano. Allí junto lucen una letras de sol, á pesar del cardenillo: *Shakespeare*.

Cuando arribe el nocturno de las estrellas africanas, únicamente el velero no se cuajará de luces: un fanal de aceite, unas candelas languidecerán en el valetudinario armatoste. Los escasos tripulantes yantarán de su caldereta, en corro, en una barraca que hay en mitad del buque, en cuclillas, arqueando sus espaldas, que cubren rameadas franelas y atraviesan el aspa de los tirantes. A lo mejor sonará un acordeón ó una flauta. Y el trasatlántico del papa, el del emperador y el del rey, desdeñan aquella suerte de gabarra monstruosa, que cruje al cabecear, mientras ellos reposan impasibles, solemnes, repantigados...

En alta mar, ¡cuán hermosa, qué ufana visión, ese velero que copia las pintorescas estampas de la inmortal náutica novelera, hoy curiosidad de los archivos; ese bajel rítmico, el barco alado que se disputarán el agua y el viento, el agua acariciando y arrullando la pesantez de su casco, convidándolo á descansar para siempre, y el viento enloqueciendo las hen-

chidas alas, las ambiciosas, las delirantes! Arrastrará la nave un espumoso airón aventurero y gentil. Los delfines brincarán como una corte que acompaña á su monarca y amo, las gaviotas han de circundarlo como un collar...

¿Imagináis la gigantesca magnificencia del bergantín con la redondez de sus velas arrebatadas y rotundas, prontas á estallar, impulsadas de un ancho soplo heroico? Los indómitos elementos, cuya furia tú amansas y encadenas á las palas de un timón, brigbarca de epopeya, los elementos que te siguen como ebrias turbas populares, ¿no te preferirán porque reconocen y proclaman caudillo suyo al mascarón de proa? *Shakespeare*, con su capa y su brazo erguido, apostrofa á la inmensidad.

LAS

INDUSTRIAS DEL MAR

En la abrigada hoz del puerto de Santa Cruz, y en Las Palmas casi dentro del agua, hay unos grandes almacenes y despachos sajones: en Santa Cruz no existen más que los despachos y los almacenes de Inglaterra. Forman un caserío en un ala que se refleja en el mar. Desde el espigón ilusiona con la perspectiva de un poblado de pescadores, en un fondo de montañas, si bien mondas y escuetas, rincón arcadiano.

Pero son las baterías que Gran Bretaña dispuso entre los riscos, alternando con las nuestras que guardan artilleros. Esos cañones con su boca tapada, parecen un decorativo ornamento que no va mal entre los ásperos bloques y la maleza. Mucho más disparan y hieren los otros, que ningún barco pasa que no lo detengan y exploten. Anidan en el caserío las dos

briosas industrias marítimas: carbón y agua para los vapores.

He ahí la riqueza de Santa Cruz, y se halla monopolizada por los ingleses. Esos ingleses que después no gastan y dejan el dinero á los isleños, sino que á su vez son saqueados por los ingleses también. La vida de la colonia británica forma la serpiente que se muerde la cola. Los ricos explotadores y los acaudalados turistas, no pudiendo resistir la penuria y atraque civiles del archipiélago, originaron la fabricación de suntuosos hoteles, con sus terrazas de mármol, y sus jardines artificiales sobre la escoria. Ejemplo, el *Quisisana*. Atraviesa *Quisisana* un río de libras esterlinas, y ninguna encharca y aduerme en un remanso de Tenerife. Pertenece la finca á un inglés. Y en cuanto á los víveres que allí se consumen y los utensilios que atesora el hotel, barcos ingleses y americanos los importaron. Las Canarias occidentales producen muy mal pescado, una carne insulsa, no tienen agua gustosa que beber. Desde las botellas de *Apollinaris* hasta las reses de las Pampas, desolladas y pétreas por la helada en las cámaras frigoríficas, todo lo envían América y Europa á las islas. Las monedas que mu-

chas veces entregarán los linajudos huéspedes, á lo mejor volverán á sus bolsillos, que las recuperó el administrador de sus talleres ó sus granjas. ¿Qué le queda á Canarias, en orden comercial, nada digo de las propinas, filtraciones del juego, las juergas, los caprichos; de esos millones flotantes de los ingleses? Con su pudoroso impudor comienzan por corregir la naturaleza y mortificar la indolencia de los indígenas, plantando de árboles y arbustos, á fuerza de montones de tierra y de riegos, un páramo secular. En seguida lo cercan y en la portada cuelgan una cartela que dice: «Carretera particular, prohibida la circulación». No se mezclan para nada en la vida mundana isleña. Otra cosa es la política y la industrial. En esta última, especialmente, impiden que los isleños se mezclen. Ya lo he dicho: sólo almacenes extranjeros llenan la hoz del puerto de Santa Cruz.

Suponen las industrias del mar unos fuertes capitales. Los vapores arriban sonando las sirenas de una manera característica, y cada consignatario conoce por medio de tal aviso, qué demanda y con qué urgencia el aún no anclado vapor. Casi instantáneamente sale á su encuen-

tro un remolcador que arrastra una ó dos gabarras, y en las gabarras destaca del azul del cielo un inmenso cubo que improvisan centenares, miles de panes de carbón. Las millonadas se amasan y crecen como esos cubos. Sé de un almacenista que cobra una prima de los demás para que no negocie, y evite competencias: y la amplia nave está vacía y produce un dineral: ¿qué no rentaría si se llenara de los negros lingotes, los cuales dos veces se transforman en oro, una en la hornilla de las máquinas, otra en los libros de caja ingleses?

Silogismo: puesto que en la tierra canaria no fructifica la riqueza, sino que se pesca en el mar; y puesto que los sajones acapararon las industrias marinas; el dinero de Canarias en peso y bruto se lo llevan los industriales nórdicos. Una desdichada y miserable consecuencia de esto es que se les mendiga, hasta el extremo de que los pordioseros de la calle solicitan la limosna en moneda inglesa. Los hiperbóreos mandan y disponen del archipiélago como amos y señores indiscutibles.

Yo he oído al comandante de Marina que reside en Tenerife, lamentarse de la despreocupación y el desenfado británicos, ante una

grúa, propiedad de una casa comercial, depositada sin permiso meses y meses en un lugar prohibido, paraje de libre tránsito y dominio común. Yo he oído cómo un gobernador civil de Canarias protestaba contra el establecimiento y los negocios de almacenistas que no legalizaron su industria y siguen y persisten sin la debida autorización. En un conflicto surgido en los muelles, entre un cargador y un empleado inglés de una sociedad inglesa, la sociedad ha desmentido cerca de su cónsul el atestado de la policía española. Finalmente, aquel jefe de los vapores interinsulares, cuya ingerencia en la política patria conté más arriba, cuando la autoridad lo denunció á los tribunales de justicia, sintiéndose inviolable amenazó con reclamar al embajador de Inglaterra aquí en Madrid...

¿Habrà que odiar y aborrecer á los anglosajones porque tanto humillan y desprecian el archipiélago canario, y de rechazo, España? No. Pueblo fuerte, sano, enérgico, admirable, ejemplar. Nuestras preguntas y exigencias háganse á los isleños, en especial á determinados isleños. Diga el grupo político que no se afrentó del auxilio que le prestara el contratista de

los vapores interinsulares: dígame su concepto del civismo, y cómo entiende eso de velar por el enaltecimiento y la honra de la patria.

¡ Ay, la vida es un mar y una industria !

DE SOBREMESA

Desde que la «terrible sombra» de Nelson ha desaparecido del mundo de los vivos para entrar en el de los inmortales, el terreno retablo cambió y se desfiguró notablemente. Jugando estaba antes á las tablas don Gaiferos, olvidado de Melisendra; después de las cuchilladas del Ingenioso Hidalgo, el infeliz don Gaiferos no sólo no juega con ímpetu á las tablas, cantando y maldiciendo, sino que se cuida en componer su desnarigado rostro. Muy bien pudo Nelson soñar en apoderarse de las islas Canarias, y sabéis que desembarcó, y tuvo que regresar de prisa á bordo, herido por una granada en un muslo. Ya los mares se renovaron en el siglo cuyo primer año fué el de esa derrota inglesa, y tal vez los ingleses no piensan con la fruición de antaño en clavar su pabellón en el archipiélago... Acaso porque con-

siguieron erguirlo y ondearlo sin atronar con los cañones, ni enfurruñar de nuevo al orbe por su insaciable rapiña; en virtud de su oro.

No conviene á Inglaterra la conquista de Canarias. Habéis visto cómo la riqueza que pasa en una tangente por aquellos populosos puertos, cae en su tela de araña siempre extendida. Si unas violetas y unas rosas florecen en los arriates, se mustiarán en el ojal de los *gentlemen*, en las pamelas de las *misses*. Su positivista y cesáreo orgullo nacional se alimenta con la tajada del león, en cuanto que sus cronómetros de luminosas esferas, para examinadas en las nieblas nórdicas, rigen y gobiernan los relojes solares, tan distintos que marcan con rayas de sombra. Aquel collado y el valle aquel que ameniza el privilegio de un bosque, cercáronlo y es un coto de sus deportes. Ninguna ley reprime sus ruidosas zambras; en fin, Canarias, como el naranjo mezcla y confunde para ofrecerlos á la libra esterlina, sus pomos de fuego y sus racimos, argentinos, de flor.

¿Qué provecho no logrado de antemano, conseguirían los ingleses arrebatándonos las islas? ¿A pesar de su legendario puritanismo,

no pensarán, con su hipocresía legendaria, que el amor espontáneo y sin cláusulas ni deberes sociales, dura y resplandece y ahonda más que el registrado en los libros de un juez ó un alcalde? Recordad la observación de Taine espumada en la literatura anglosajona. Una ideal heroína de novela, ángel amasado con jazmines y destellos de luna, suspiro hecho mujer, á través de la delicada historia bañada en lágrimas exquisitas, se sienta á la mesa de cien *lunchs*, engulle mil pasteles y bebe, al tono y compás, de nuestro mosto jerezano. En medio de sus deliquios y arrobos no olvida Britania su estómago de leopardo, quiere decir que no se precipitaría en el abismo por caminar extasiada mirando el vuelo de las errabundas nubes. Y en Canarias, puesto que impone libérrima y despóticamente sus derechos y antojos, ¿á qué trabarse con un solo minúsculo deber?

Siempre generosa la España le allanó, dispuso y continúa enlosando los muelles para el más blando y diligente servicio. La muchedumbre de cargadores y otros obreros isleños que trabajan en las caudalosas industrias marítimas, como no son ingleses ¿á qué tratarlos con el respeto y la humanidad establecidos por la

legislación británica? Y en el caso de que se la subleven, esa misma madraza de España ¿no envía á rogar la paz burguesa, y en un aprieto á defenderla con los mausers, su policía, su abnegado ejército?

Cosecha y rebaña Inglaterra los intereses de un capital hispano; como plañía un desdichado ciego en las esquinas acompañándose con una áspera guitarra, la viñica que él azufraba y podaba, no la vendimiaba él. Los ingleses, como los ratones y los pájaros, arriban en sazón de comerse las bolas de la uva.

¿Comprendéis que no seduzca á la omnipotente Albión agregar á sus dominios reconocidos por las cancillerías el archipiélago atlántico? Las románticas ambiciones de una victoria ó un despojo más no soliviantan al pueblo firme y equilibrado. Huyeron de la tierra tenebrosa las tres devoradoras brujas amigas de Macbeth. Por lo que toca á Nelson murió, hay una larga centuria desde aquello de Trafalgar. Sí, ya oigo que replicáis: «pero existe Chamberlain». ¡Oh, es que el Transvaal tiene muchos, muchos brillantes...!

¿Y qué tesoro más que los que rozan con las alas encontrará el explorador en Canarias, así

se desoje? El nuevo dominio que constituirían los siete, los catorce peñascos, en lugar de enriquecerlo, mermarían el presupuesto de la metrópoli. El archipiélago renta al Estado ocho millones de pesetas, y el Estado gasta y consume en el archipiélago diez millones y medio de esas lindas moneditas. El déficit de España en su provincia, contribuye al superávit de Inglaterra... en su ideal colonia.

EL PROBLEMA CANARIO

PIDO LA PALABRA

«... Y mientras en las provincias se organizaba y preparaba una guerra feroz y sangrienta, en Madrid políticos y oradores se dedicaban con fruición á los bellos ejercicios de la retórica.» Si en lugar de un viajero que cuenta y publica sus impresiones en un libro, lo cual equivale á soterrarlas, fuese yo un diputado de esos noveles, ahora cuando en los primeros días del próximo Octubre se discuta en el Congreso el problema canario, una tarde me levantaré repitiendo las palabras que acabo de copiar de la última y admirable novela de Pío Baroja. Por fuerza tenía que ser diputado bisoño y flamante. En todo caso, can viejo de la oposición. Hablo así porque más de un voto de la mayoría, llamándome á un rincón de la cámara donde tertuliábamos, siempre que ha habido oportunidad de que yo

divulgase lo aprendido en el archipiélago, me advirtió cariñosamente que no debía propalar novedades de una índole tal, que ya pesan demasiados conflictos sobre el Gabinete, que si el patriotismo me empujaba con el ímpetu que yo mostraba tener, me aguardase á que volviesen los conservadores, ¡y á originar obstáculos entonces! Decía, nadie lo ignora, el rey de Francia: «Después de mí, el diluvio.»

Pero yo me levantaría una tarde en el Congreso y repetiría las palabras del ilustre novelista: «Y mientras en las provincias se organizaba y preparaba una guerra feroz y sangrienta, en Madrid políticos y oradores se dedicaban con fruición á los bellos ejercicios de la retórica.» Luego añadiría que el verdadero problema canario no era el que andaban debatiendo. Siempre la eterna historia de la *Cenicienta* mondando patatas junto al fogón, mientras la hermana usurpadora ríe y se divierte en los saraos, y se prueba ella sola el escarpín del príncipe.

Ese problema de la capitalidad, por el que riñen con tanta saña Las Palmas y Santa Cruz, no pasa de problema casero. Afrentarse habían los canarios de que en el instante que revuel-

ven y preocupan á la madre patria peligros y ansias de un interés general, salgan las islas rompiendo el concierto y clamando por su olla. ¡Esto que fuera!... Cuestiones más molludas y firmes y menos vanidosas quedan por resolver en las islas. ¿Cómo remediar aquella su pobreza terrible? Gananciábanse antaño las Canarias con la cría y exportación de la cochinilla. Aún blanquean las chumberas con las colonias del colorante insecto, en memoria. El progreso de la química acabó con la industria de los parásitos tintoreros. Canarias perdió su ingreso angular. En Canarias casi no existen arboledas. No llueve. La agricultura, sobre insegura y problemática, apenas rinde y produce. El archipiélago, en su redondez, bosteza de hambre ó se alimenta con una primitiva harina de maíz y con un pescado que es como abadejo muy inferior. Una isla ha enviado á Madrid un representante, diputado libre que gestiona la concesión de cualquier obra pública en que alistar á la multitud que no come. En Santa Cruz abundan y dan la norma sueldos de doce y quince duros, y los gomosos y principales elementos de la pollería se los arrebatan. En fin, tan empobrecidas

están las Canarias, que alguien pudo hacer una observación, no menos aguda que real: allí no se encuentra ni un gitano ni un jesuíta. Las residencias de los hijos de Loyola, hoy, así como ayer las Cartujas, marcan y revelan la abundancia y generosidad de los pueblos.

¿Cuándo comenzará á ruborizarse de su ignorancia el archipiélago? Salvo un cogollo intelectual de Las Palmas, un parnasillo de la Palma y casos sueltos y escondidos de la Orotava y alguno en Santa Cruz, en las islas no estremece á nadie la inquietud de instruirse. Acaso por ahí deduciríamos su extraño nombre de Afortunadas.

«Si quieres ser feliz como me dices...»

Canarias no tiene más que un Seminario, un Instituto de bachilleres y una Escuela de Comercio. Contadas familias pueden enviar á sus mozos á la península, ó á Francia ó Inglaterra. Resulta caro. Y los muchachos que viajan no retornan, generalmente, á enternecerse con la permanencia en su solar. El ambiente mercantil no ayuda al logro de las espigas espirituales. Hay flotando una legión de donceles de la clase media, los cuales desdeñan,

según es uso, los oficios manuales, y no arriban á señoritos de título académico. Una rastrera calamidad. El jornal exiguo, trabajar sin nervio y á disgusto, ambiciones menudas, rivalidades nada elevadas, envidia, el odio del topo...

Otra algarada podría moverse con motivo del funcionamiento y la duración de las llamadas «Milicias Canarias». En la memorable fecha, aquí recordada, del intento nelsoniano, el paisanaje isleño coadyuvó á rechazar al iluso invasor. En premio se há concedido á las generaciones nuevas el derecho, previo un elemental examen que se efectúa en las islas, á ingresar de oficiales en el ejército territorial, con uso de uniforme y paga y honores. Algunos de los privilegiados oficiales acaban de ser suspendidos en las Academias de la península, y se les admite en el archipiélago. Bastantes comparten su cargo nacional con artes y ocupaciones que los verdaderos y legítimos militares, desde su hidalga pureza y altivez sacerdotal, consideran incompatibles con la profesión de caballeros de la patria. Una y otra oficialidad se detestan y aborrecen. Dicen los tenientes de Toledo que todas las provin-

cias españolas se defendieron en mil cercos, y ninguna exigió más que timbres para su escudo. Alcanzaron que los oficiales de las «Mili-cias» usen gorra negra y no ribeteen de rojo su guerrera reglamentaria. Me comunica un capitán que su regimiento se ha negado á admitir á los que juzgan intrusos en el cuarto de banderas. La crudeza y despego se enconaron en una medida que, recientemente, un buque de guerra argentino fondeó en Santa Cruz; imaginó el Ejército dedicar á los marinos un banquete, se oponían los tenientes á que asistieran sus forzosos compañeros, y para evitar una zambra, el banquete se prohibió por orden del capitán general...

Así por el estilo, ¡cuántos problemas no tiene que resolver el archipiélago atlántico! Y sobre todo vea y estudie el modo de ahogar ese su espíritu isleño, es decir, de aislamiento, de no querer entrar en la marcha universal, de mirar para sí en un poco magnánimo egoísmo. ¿No comprenden las islas, como un insignie visitante suyo les hizo notar, que si ellas se obstinan en no oír á los demás, les falta en absoluto el derecho á que los demás las atiendan, ensalcen y las mimen?

¿Y con la madeja enredada se disponen á coser? Con harta suficiencia se expondrán en el Congreso hasta los matices del pretendido problema canario para que yo me detenga en inútiles y fatigosas prolijidades. Y yo os digo que ese cacareado no es el problema canario, sino un pique y una feria de vanidades femeniles. Caiga sobre el alma de los isleños el remordimiento de entorpecer con sus menudas querellas de familia el camino de España, y entre los baches. Porque nos enteremos de cuál de entrambas ciudades, si Santa Cruz ó Las Palmas, debe ponerse el entorchado en la bocamanga, y acaso, si se establece la división, á cambio de que todavía el archipiélago merme y corroa más el presupuesto patrio, habrán de pararse y archivarse los enormes pleitos de un interés común: el religioso, el de la enseñanza, los campos, el trabajo y el capital.

Y en tanto se irá gangrenando y ennegreciendo el verdadero y formidable problema canario; y éste no es otro que un violento desamor á España, ingratitude y peligro. ¡De nuevo el horroroso fantasma del separatismo, aún una vez más, llena de sombras y amenazas el horizonte de los hispanos mares!

LA DEL ALBA

La casualidad juntó por unos días en Las Palmas á don Miguel de Unamuno y á mí, que era un seducido lector suyo. Ahora, sobre admirarle, le quiero con una clara y fina amistad. El mismo hotel nos alojaba. Después de las comidas, especialmente durante las siestas, reposábamos en el jardín, en un quiosco umbrío, sintiendo caer la lluvia de una regadera en las charoladas hojas de los plátanos, y viendo cómo un minúsculo y diablesco mono, encadenado á un mástil que remataba una caseta, hacía volatines, nos hacía muecas, daba brincos raros y sorprendentes. Al fondo estaba el comedor con su galería de cristales, y el no interrumpido desfilarse de la cosmopolita concurrencia, por contraste, prestaba mayor encanto y serena dulzura á nuestras pláticas. Nadie que me lea ignora cómo Miguel de Unamuno

reside en Salamanca ; allí se encuentra también el huerto «La Flecha», grato y ameno retiro en que placía disertar con sus discípulos al maestro Luis de León. «Algunos hay á quien la vista del campo los enmudece ; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo ó cantar ó hablar.» Así, á la manera que Fray Luis en aquel huerto, decía Miguel de Unamuno en el huerto aquél. Y yo respondía como Marcelo, al punto : «Bien entiendo», y disponíame á escuchar con las orejas y los ojos, sin perder palabra, gesto ni ademán. El sol castellano doró la frente de Unamuno y su cabeza parece tallada en una antigua piedra salmantina. Sus discursos tenían *eso*, Salamanca. Exquisita voluptuosidad recibía yo en oírlos. Y como en la granja de la ribera del Tormes, los días eran sosegados y purísimos...

Por lo común, Unamuno sacaba los temas á lo divino. En ocasiones glosaba graciosamente los sucesos ínfimos y vulgares, y deducía unos peregrinos corolarios. Porque auxilia á mis propósitos, hoy he de recordar, aunque en extracto y sin la viveza que lo aprendí, una de las irónicas y sutiles apostillas suyas.

Ya conté que la isla de Gran Canaria perte-

nece á D. Fernando León y Castillo, marqués del Muni. Se rindió tan en absoluto, que los Concejos rurales, ingenuos y enamorados del jeroglífico tácil de descifrar, simplificaron el escudo de España en un león y un castillo. Y si una tal vez ponen una granada, equivale el coronado fruto morisco á la clásica hoja de parra vergonzante y convencional. El marqués del Muni construyó á Las Palmas su puerto de la Luz, y el puerto ha creado la actual ciudad, pues multiplicó los habitantes y los dineros de Las Palmas; habrá que va el medro una docena de años. El señor del Muni elige tres diputados en todas las Cortes: ellos consiguen granjerías, empleos, licencias, subvenciones, privilegios y dádivas á la Gran Canaria; León y Castillo desvanece las inquietudes, arrulla el optimismo, siembra rosas al paso de sus súbditos. Encarna el magno cacique al Dios bueno y previsor. Y ocurre el chiste de que si la ingénita necesidad de emulación entre los hombres, dividió los políticos palmeros en diversos grupos, luchan los partidos por halagar y servir más que el contrario á León y Castillo. Nuestro ex embajador en París continuamente interviene en sus polémicas

como el pacifista caduceo de Mercurio, que se paró unas enfurecidas víboras. Levanta el caci-que la mano, y se aquietan los luchadores. En virtud de repetirse y prodigarse el protectorado, nada se piensa recibir en la isla si no lo ha solicitado el marqués providencial, y así, por la fuerza del tiempo, las gentes se acostumbraron á no volar; aguardan como los pichones hundidos en la ramiza; y no sufriendo los insomnios de las impaciencias cuajaron en una boba y apoltronada soñarrera ó dicha que procura el cebo aceitoso y seguro. Y la ciudad, sin la plural colaboración de sus brazos y su fantasía, se engrandece por la voluntad y el prodigio de arte de un solo hombre y amo omnimodo.

Don Miguel de Unamuno dice que esto implica un estado morbosos que debía llamarse «porfirismo». «Porfirismo» viene de Porfirio Díaz. En proporciones superiores, Porfirio Díaz realizó en Méjico una labor paralela de la de Fernando León y Castillo. Civilización, comodidades, la mecánica, industrias, el equilibrio... ¿qué no trasladó de exóticas latitudes el presidente Díaz á su República? D. Porfirio se yergue en el pedestal de un pueblo ente-

ro. El marqués del Muni ostenta su redondeada y señorial silueta por encima de la humanidad de Gran Canaria. Honremos la magnificencia con laureles.

Pero ¿cuando desaparezcan ambos, quién les reemplazará? La serie de benditas abundancias y el no soñar más que en las vacas gordas, ha engendrado unos ciudadanos blandos, mediocres, acomodaticios: no les robusteció la lucha; su aletear no vence al de las gallináceas, que nunca saltan las tapias del corral. ¿El crítico de mañana no juzgará dañinos los beneficios de hogaño, y perjudicial el favor, y ruin la bondad? ¿Qué importa edificar una insigne urbe de ladrillos, si se fabrica sobre los escombros de una población de almas y energías destruídas, aniquiladas?

Ciertamente hoy Las Palmas gana en variedad de aspectos á las restantes ciudades canarias. Ninguna con tantos vecinos. En la Luz anclan y registran su rol muchos más vapores que en Tenerife. Aventaja Gran Canaria á su enemiga en urbanización, caudales, lujo y modernismo. Posee y la ufanan unos soberbios edificios y unos risueños jardines. Finalmente, si un nuevo Alejandro conquistase y asolara

el archipiélago como aquella Tebas, en Las Palmas hallaría el refugio de Píndaro que respetar: es aquella amorosa casa copia fiel y aun enaltecida de los palacetes italianos del Renacimiento, con una semejable corte de poetas, hidalgos y espirituales damas ingeniosas. Denuncio al respeto de los artistas el parnasillo de Luis Millares Cubas, médico, escritor y músico, jefe de una Academia sin almidón, patriarca de los escasos aguiluchos que se proponen emigrar, modelo del varón ilustre y humilde. Camilo Saint-Saens traduce sus cuentos; aquí en España, doña Emilia Pardo Bazán los estudia y alaba profusamente. En torno al inolvidable Millares Cubas, en el «Teatrillo», en la «Galería de Beethoven», en un florido jardín, congréganse unos cuantos muchachos que los ociosos apodaron «los intelectuales», y que son «los inteligentes». Y unas hermosas muchachas reparten confites que endulcen el te, deslizándose en el bruñido tilledo, acompañando su rítmico andar con el tintineo de la plata y la porcelana.

Mas estas criaturas de esta selecta asamblea, no intervienen, no influyen en los negocios y públicos asuntos canarios. Siempre D. Fernan-

do León y Castillo. ¿Qué sucederá en Méjico en cuanto á un mandato de la Intrusa se precipite en el campo de asfodelos el imponderable don Porfirio Díaz? Detrás suyo no se divisa el príncipe que reanude sus gestas de fundador de ciudades. Méjico perderá su espíritu. Así con el marqués en Gran Canaria.

También España, la península, ha de menguarse en la hora de la quiebra y la bancarrota. Al fin, León y Castillo orienta el tropel de sus huestes hacia la patria. No poco influye en que se siga nuestra estrella, que los legionarios, encanecidos ó calvos ya, olvidaron la época de sus romanticismos, rebeldías y exaltaciones. Las Palmas, si no nos ama con demasiada pasión, tampoco nos esquiva. ¿D. Fernando no llegó á marqués por la gracia del rey de España, y no cosecha en España los frutos que hace diluviar en la isla? La generación caduca sabe cuánto les donó la península, y no le niega el hueco de su pecho que deja vacío su amartelamiento con el cacique máximo.

Lo malo es que se oyen nuevos cánticos que principan á resonar. El americanismo, solapada, silenciosamente se infiltra y emponzoña la juventud. En Abril último se promovió un mo-

tín en Las Palmas; las turbas recorrieron gritando las calles; y presidía la manifestación una espontánea, una insólita bandera negra, con una divisa tal: « ¡ Viva la independencia de las islas ! » Unos jóvenes patriotas llevaban el agrio estandarte. Los patriotas viejos se asombraron, arrebataron la flámula y la rompieron entre maldiciones...

Pero los contemporáneos de D. Fernando morirán. Entonces, únicamente nosotros, aún una vez más, no consentiremos el horrible grito que desde hace un siglo no descansa de oír España. ¡ Tanta fué su grandeza !...

LAS OREJAS DEL LOBO

Hay en Santa Cruz de Tenerife un bando numeroso, astuto y rico, que recientemente derrotó al Gobierno en las elecciones de diputados. Se llama «Unión patriótica», patriótica regional, y ha nacido de la Solidaridad catalana: también se unieron para formarla liberales, conservadores, republicanos y carlistas. Se diferencia, sin embargo, en que dentro y fuera de su círculo los distintos elementos de «Unión patriótica» mantienen su sentido y sus aficiones y costumbres. Pero no; un sueño común, un mismo ideal alienta en los unionistas: el separatismo.

Permitidme que desde aquí advierta á don Juan Sol y Ortega de una lamentable inconsciencia suya. ¿Sabéis que el popular democrata es el diputado de Tenerife? En nombre de esa masa inmensa de Cataluña y del resto

de la península que le sigue y lo encumbró por desfacedor de solidaridades y regionalismos, ¿no le preguntaréis la causa de su cambio? ¿Ignoraba Sol y Ortega la condición y natura de sus electores, y en la longanimidad de su pecho de patricio, segundo Quijote de los menesterosos, para nadie deja de tener dispuesta y enristrada la lanza? No me explicaría la ligereza de defender un pleito que se desconoce en absoluto; en fin, ahora se denuncia la falsedad de su acta á D. Juan Sol y Ortega; esperar debe la España que él ilusionó, una protesta enérgica, un generoso acto de renunciamiento, unos bellos y elocuentes ademanes condenatorios.

Revelaré más, D. Juan. El acta de Tenerife fué ofrecida en bandeja de plata á Francisco Cambó. Había elevado «Unión patriótica» un mensaje á la «Solidaridad»... Cruzáronse luego telegramas, se estrecharon las amistades y surgieron vivos y ardorosos afectos. ¡Cuán lógico que los isleños brindasen en el momento oportuno su representación en las Cortes, al obligado jefe de las solidaridades todas! Y he aquí que Cambó no admite el acta; replicó que no estaba percatado exacta-

mente de las necesidades del archipiélago, y que no reunía los requisitos inevitables de un cumplido abogado ó procurador.

¡D. Juan Sol saboreando un plato de segunda mesa! ¿Es ello compatible con su grave y entonada autoridad? Y médase la hondura del contrasentido de que Sol y Ortega se sienten en el escaño que ha esquivado Cambó.

¿Definitivamente murieron los héroes y los dioses? Nosotros, muchas gentes, considerábamos á Sol y Ortega como viejo León de Albrit para la pureza de la patria, un supremo hierofante de la religión, de la raza y el ibe-rismo. ¿Cómo el venerable conde y león de Albrit soporta, halaga á sus combatidos enemigos? ¡Oh, la paradoja! D. Juan Sol y Ortega, irreconciliable con la Solidaridad, su destructor en Barcelona, figura de general suyo en Tenerife, y no rechaza con indignación una embajada solidaria, regionalista y de los adoradores de Cambó. Misterios. A lo mejor idea disfrazarse con esta insólita postura y socavar en la sombra la fortaleza maldita. Pero nosotros, los jóvenes, preferiríamos el león á la vulpeja. La nieve de sus canas no enmarcaría decorosamente un gesto vanidoso:

no, no creeré, á pesar de que se me insinúa, que en su fructífera senectud sedujese á don Juan Sol y Ortega la pueril bambolla de un acta más, ¡y un acta que repudió un candidato derrotado!... D. Juan, de seguro ignoraba en qué malandanzas lo metieron su excesivo civismo y su conmovedora buena fe; ya que le descubrimos el mal, veréis cómo se revuelve y agiganta y destroza y se yergue en un soberbio y arrogante fuego el viejo león. Y en último caso, también Pedro negó á Jesucristo; mas se arrepintió y fué maestro de los apóstoles y la piedra angular de la Iglesia. Sol y Ortega que infunde el optimismo y la esperanza en multitudes caudalosas como los ríos, no desmentirá la obra de su larga vida entera persistiendo en un error momentáneo. Hay una moral política.

En cuanto á los unionistas, ¿cómo justificarán á Sol y Ortega su incomprensible evolución y que no renegando de solidarios elijan por representante al mayor antisolidario de España? Acaso que en la «patriótica» dominan los republicanos. Será, si no debido á una mezcla de ajenos propósitos é intereses en el inicial del agrupamiento regionalista. Como

los vidrios del caballete de una barda, erizan el común deseo algunos particulares, y aun particularísimos. Por ejemplo, en el directorio de «Unión patriótica» resaltan los antiguos contratistas de los suprimidos «Puertos francos», intrigan en pro de la reposición de los «Puertos». ¡Si volvieran!... Todo el mundo rico. ¿Todo el mundo? No; cinco, diez gerifaltes; mas de rechazo...

Dije separatismo. En realidad aún no pasa de ser una antología de parrafadas líricas, un motivo literario, el escape idealista. El incipiente separatismo duele más humana que patrióticamente: porque lastima y se perpetúa en un humilde espectáculo de impotencia, y hace que al sentir sus lamentaciones y adivinar la furia que para los peninsulares quisieran lanzar los isleños y que enfrenan y doman, nosotros nos consideremos señores rodeados de esclavos, cuando anhelamos una fraternal amistad. Les contiene en el comienzo de su jornada el prudente instinto que opone Sancho á las temeridades del Ingenioso Hidalgo. Conspiran contra España, pero solicitan y obtienen empleos públicos. A veces queda encalmada su cólera con llamarnos «los godos»,

como en América. Otras veces no los apacigua menos una sencilla reflexión sobre la pequeñez y la pobreza del archipiélago que no permite guerreros planes, ni laberintos de la estrategia. Sedante muy acreditado es la escritura y publicación de odas á los ancestrales suyos, los guanches que vencieron los tercios gallegos y castellanos. Justo será reconocer que nada les infunde tanta tranquilidad, según confiesan, como la vista de «los pantalones rojos», pintoresco apodo que usan para denominar al Ejército. Tal profusión de causas obliga al separatismo á esconderse en la fraseología de los ingenios de café, donde escucháis palabras como las siguientes: « A los peninsulares debíamos echarlos con una barredera mecánica » (sic). Pero su gran campo de juegos y luchas y carreras preparatorios, está en reverdecer la memoria de los guanches, aquellos primitivos del siglo XV, trogloditas, cazadores y pastores, que usaban utensilios de piedra, se cubrían con pieles, eran gigantescos, llevaban los cabellos largos, no sospechaban ningún arte ni industria alguna, y pacían como sus rebaños bajo el cielo azul. Se proyectaba erigir un monumento á uno de esos reyezuelos de tribu.

En el mensaje á la «Solidaridad» á que me refiero arriba, hablan, sin pararse á meditar, que acusan á España, de «la generosa y noble raza caída, de la raza cruelmente exterminada, la heroica, la hidalga raza guanche».

Como en Cuba en el alba de la insurrección, acompañan los isleños sus fiestas y recreos retóricos, con hazañas sueltas, y surge el desafío á lo mejor, la gacetilla maliciosa, los choques personales por una nimiedad, y ya la «Unión patriótica» consagró una cervecería por primer cámara política canaria, y los oficiales del Ejército no acuden á ese café, manifiesta, ostensiblemente, y muchas noches la policía ha de dedicar sus desvelos á despegar de las esquinas unos papeles manuscritos en los cuales se lee: «¡Muera España!».

Con un capitán de Caballería que ahora reside en Barcelona, yo mismo he arrancado pasquines en una travesía de la calle Cruz Verde, en Santa Cruz de Tenerife.

¡Ah, si las islas tuvieran bosques, extensión y caudales! En el referido mensaje se dice con un admirable candor: «Acaso, acaso, el secreto de que no brote aquí la semilla del desamor á España está en que nadie puede

soñar con la independencía de tan pequeño territorio.» Y avisan: «pero nunca es bueno jugar con fuego».

En el mensaje, que se ha compuesto para precaverse de la Gran Canaria, las palabras que transcribo forman los comentarios, á su derecho en conservar la capitalidad, y los de las quejas administrativas y sentirse postergados. Con idéntica injusticia se soliviantan de que se envíen al archipiélago funcionarios peninsulares, sin acordarse de los isleños que desempeñan cargos en las demás provincias y en Madrid; prorrumpen á cada momento: «los peninsulares vienen á robarnos». Yo he oído decir esto. ¿Y qué razón les asiste tampoco para proclamarse el huerto y la mina hispanos cuando ni siquiera llenan su presupuesto nunca?

Entristece la lectura del referido mensaje. Alienta entre líneas una amenaza, y no una amenaza de desbaratarnos, sino la femenil de no estimarnos, de regañar, una resistencia pasiva permiten entrever. Engaña á los isleños el concepto que tienen de su país, fecundo á trozos, amoroso en el clima, de desperdigadas bellezas, pero ni rico, ni lucrativo, ni cómodo,

ni adelantado, ni espiritual, ni culto. Sus desdenes desde la altura que los dirigen parecen un poco afectados y pretenciosos. Exageran su importancia, hoy por hoy, exclusivamente comercial. Claro que á España sí que mortifican sus terribles, y puede que más por aquello que evocan que por su realidad. Y en lo hondo de la dignidad humana hiere, repito, más que patrióticamente, que haya unos españoles que persigan convertirse en esclavos y dominados prisioneros de los verdaderos españoles. Las insurrecciones siempre encuentran una disculpa en lo humano. He aquí que el separatismo incipiente despierta el rencor de los humanos sentimientos.

¿A qué pensar ni divulgar eso que se lee en el mensaje, de que España busca «un pretexto cualquiera, á fin de que los pacíficos y sufridos se tornaran levantiscos, para apoyarse en ello y vender las islas al mejor postor»? Y añaden: «Todo podemos esperararlo de la sensatez, del tacto y de la altura de los Gobiernos de la pobre España.» Y rematan: «Pero bueno será hacer constar, para en todo tiempo, que si algún día dejamos de ser españoles, no será ciertamente por nuestra voluntad de

separarnos de España, sino porque España nos repele.»

Espíritus torvos y de una lamentable parvedad cuajaron el mensaje de admiraciones, jemiadas y alaridos por el estilo. Que: «nótanse en la opinión pública peligrosos fermentos». Que «si no estuviera aquí tan arraigado el sentimiento patrio y el amor á la madre España (¡!), pudiera ser perfectamente explicable y encontraría, más que disculpa ó atenuación, absolución completa el que nos rebeláramos contra todo y contra todos». Que «¡qué mala semilla se siembra en nuestros ánimos!» Que «¡cosas de España!» Y ¡todo porque Las Palmas se engrandece á una breve distancia, y Santa Cruz tiembla de que la despojen de la capitalidad! ¿No se la arrebató un día Santa Cruz á la Laguna?

Recapacite el Sr. Sol y Ortega y examine cuidadosamente el acta suya de Tenerife. Y su compañero de diputación, el señor Domínguez Alfonso, ¿se aventuraría ahora á desmentir de nuevo y con la rotundidad que en el Supremo, los gérmenes, la promesa, el ensueño del separatismo que lentamente y por el acostumbrado proceso se desarrolla en Cana-

rias, y con preferencia en Santa Cruz? Por si acaso, escuche y escuchen los españoles esta «noticia» que en la columna reservada á las informaciones, ha estampado un periódico de Tenerife, sin escándalo ni castigo por parte de los tinerfeños patriotas; dice: «Bandera», y cuenta y comenta: «Ayer flameó en la azotea del edificio que ocupa el Casino de esta ciudad (la Laguna), uná con los mismos colores que la nacional. Vamos, que la Junta directiva que administró aquella Sociedad el pasado año no quiso marcharse sin dejarle algo.

Y le dejó un pendón.»

¿EPILOGO?

*En un quiosco de bambú
tañe su guzla una musmé;
pasa el Mikado en palanquín,
fieros guerreros van con él,
en sus corazas de tortuga,
entre faroles de papel...*

Así canta y pinta Jacinto Benavente en un rato de poeta. Evoca la danza de las geishas y el vuelo de los sagrados ibis sobre las lagunas plateadas de los juncos; otra vez escucha la guzla de sugestivo son, mas al pronto despierta de su vagaroso fantasear y exclama:

*¡Japón de ensueño que ha borrado
el humo azul de Port-Arthur!*

Todavía los rusos no habían guerreado con el pueblo amarillo. Continuaban los intérpretes de los hoteles para europeos, guiando los turistas una noche á la vivienda, llena de esteras

de paja, abanicos y bandejas con el te, en que *Madame Chrysantheme* añoraba á Pierre Loti, vestido de marino. Sin mirar á la cara de sus visitantes, con una expresión de errabunda fijeza en el pasado, *Madame Chrysantheme* enseñaba un ejemplar de la novela de Loti, que tenía una misteriosa y febriciente dedicatoria del autor á la protagonista. A cambio de varias libras esterlinas el extranjero besaba aquellos labios ilustres y casi de la Academia Francesa. Lo malo estaba en que á la misma hora esa escena que adquiriría un cierto carácter entre perverso y religioso, repetíase á la sombra de todos los ciroleros del Japón, al fulgor de una luna redonda y de color de rosa...

Pero el propio embaucado turista no podía engañarse con otro espectáculo que presenciaba en las calles interminables de Tokio. La cotidiana vuelta de las tropas al anoecer. Tocaba la charanga pasodobles franceses, alemanes y españoles. Realmente unánimes, rítmicos, elásticos, desfilaban los soldados de á pie; en seguida la caballería, abrumadora; cerraba la marcha la artillería, rebotando con un enorme estrépito. A lo último, en un carruaje como una cáscara de nuez, del que tiraba un hombre cu-

bierto con una cazuela, iba una simiesca momia, menuda, cenceña, inmóvil, sólo las guías por bigote y pegadas á la boca, con un traje de dril y una gorra con una estrella negra y grande. Era Yamagata que no cabalgaba ya de puro viejo. Al verle la multitud, pronunciando en un murmullo el nombre «Yamagata», «Yamagata», principiaba á entonar el himno nacional, en un tono suave y fervoroso, á media voz, fundiéndolo con las medias luces y neblinas del crepúsculo. Yamagata se llevaba la minúscula mano á la visera y saludaba, de tan sencillo, con timidez.

Acaeció que este imperio cuyos cañones envolvieron al arcaico en la nube de humo en que desapareció, pretendía aliarse, preparando su porvenir, con una potencia de Europa. Un personaje español que ocupaba en Filipinas un puesto administrativo, se trasladó al Japón buscando el remedio á unos males en unos famosos baños. Cierta día recibió la invitación de un alto dignatorio, el marqués de Ito. Primeramente, en la entrevista, el japonés regaló al español un *satsuma* de tres mil años, amén de unos juguetes. Extendiéronse á poco en un coloquio de política, y el asiático propuso al

europeo el amigable pacto de sus respectivos países. Celebráronse nuevas y cada vez más íntimas conferencias. En una palabra: el español decidió embarcarse para la patria, describirnos y descubrirnos el Japón, convencer al Gobierno de las ventajas de una alianza, arrebatarse á las muchedumbres...

Porque ya se observaba en Filipinas algo anormal, la esquividad y apartamiento de los tagalos, el odio á los frailes, la antipatía contra los *castilas*. La tierra olía á tempestad. ¿Cómo no convenirnos un estrecho contrato con los guerreros del Asia? El improvisado diplomático hizo rumbo á Iberia. Presidía á la sazón el Consejo D. Antonio Cánovas, y aún no se había extinguido en Madrid la moda de los discursos en el Ateneo, los artículos sensacionales en los diarios, la influencia y los corros en el *foyer* del Real, las tertulias en casa de Sagasta y en el Ministerio que rigiese Romero Robledo. El trascendente peregrino, ya se contemplaba repantigado en un sillonzote de velludo, orlado de voluminosas tallas, bajo unas esmeriladas farolas de gas, muy de la época, con un timbre y un vaso con azucarillo en el tapete de la tribuna. Y diría la grandeza

próxima del Celeste Imperio, diría la soledad del archipiélago filipino, denunciaría el peligro inminente, enardecería la pública opinión; si se firmaba el pacto, á no temer ya sublevaciones; y además emparejábamos nuestra suerte con la de un pueblo que simboliza el porvenir.

Sí que habló y peroró. En forma amena, grata. Ahora, que no le creyó nadie. En una de tantas narraciones escuchaba la señora doña Joaquina de Osma, mujer, según recordaréis, de Cánovas. Era durante el almuerzo, en «la Huerta». Enumeraba el viajero las rarezas y maravillas del japon, aquello de los árboles enanos, las pagodas de caolín, las barcas de las flores, las luchas, el teatro trágico, las mujeres de almendrados ojos y pies inverosímiles, la música del tam-tam... Mezclaba ahí noticias de Manila é insinuaba y exponía junto á la pintura de una mestiza de blanco y tagala, bronce griego, el agresivo rencor de los ballesteros que se adiestraban entre bambúes gruesos y crecidos como palos de bergantín... Joaquina de Osma, dirigiéndose á su marido, prorrumpió en admirativas exclamaciones: «¡Muy interesante esto, Antonio!» Y Cánovas se sonrió rebosando condescendencia y puso su comentario malagueño

y doctoral: «No hagaz cazo, eze é un terrible conversacionero, un mentiroziyo.»

Entretenidas y succulentas *causeries* se juzgaron las novedades del profético desterrado de Filipinas. A ellas regresó sin conseguir nada, fuera de una atención ociosa y estéril, otro triunfo del arte y lo pintoresco. Unicamente, vaya como detalle curioso, el gallegazo aquél Becerra, de quien escribió un satírico que para que se aficionase al teléfono fué preciso depositar unos granos de cebada en los aparatos, no dudo que inspirado por un rústico sentimiento ingenuo, se inclinó á confiar en las originales, estrambóticas charlas; mas obligó antes al viajero á jurar que no mentía. «¡ Júralo, exigíole, por la memoria de tus padres! »

Rodó el tiempo, no mucho... Pero ¿á qué seguir? Tornemos al principio, con los clásicos. El mismo Francisco Manuel de Melo, cuyas son mis primeras palabras, me dicte estas pocas y últimas: «Largo es el teatro, dilatada la tragedia; otra vez nos toparemos; ya me conocerás por la voz, yo á ti por la censura.»

ÍNDICE